11042

El Trovador.

4

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 22—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 64 á 66)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID

EL TROVADOR.

DRAMA

EN CINCO JORNADAS Y EN VERSO,

POR

DON ANTONIO G. GUTIERREZ.

REFUNDIDO PARA EL TEATRO ESPAÑOL,

N.° 135.

MADRID, 1851 —IMPRENTA DE S. OMAÑA.
Calle de la Redondilla núm. 2.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó la represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.

DON NUÑO DE ARTAL, *conde de Luna.*
DON MANRIQUE.
DON GUILLEN DE SESÉ.
DON LOPE DE URREA.
DOÑA LEONOR DE SESÉ.
DOÑA JIMENA.
AZUCENA, *gitana*
GUZMAN. }
JIMENO. } *Criados del conde de Luna.*
FERRANDO. }
RUIZ, *criado de don Manrique.*
ORTIZ, *criado de don Guillen.*
UN SOLDADO.

SOLDADOS, SACERDOTES. RELIGIOSAS.

Aragon, siglo XV.

JORNADA PRIMERA.

Antecámara de la habitacion de doña Leonor, en el palacio de la Aljaferia. Puerta al fondo y á ambos lados del teatro.

ESCENA PRIMERA.

JIMENO. GUZMAN. ORTIZ. *Estan sentados al rededor de una mesa, y bebiendo.*

JIMENO. Ninguno mejor que yo
puede contar esa historia.
Desde los tiempos del viejo
don Lope, que de Dios goza,
estoy sirviendo en la casa:
ya veis si hay fecha!
ORTIZ. Y no poca.
GUZMAN. Han corrido sobre el caso
noticias contradictorias.
ORTIZ. Es lo que sucede.

612431

GUZMAN. Y luego,
se abultan mucho las cosas!
JIMENO. ¡Ahora bien! Sucedió el lance,
aunque la fecha no importa,
en mil trescientos noventa.
si no es infiel mi memoria.
El señor conde vivia
comunmente en Zaragoza,
viudo entonces, con dos hijos
de su malograda esposa.
Don Nuño, el menor de entrambos,
y don Juan que está en la gloria,
y ya contaba dos años
con diferencia muy corta.
Una noche penetró
hasta la cámara propia
del mayor, una gitana
harapienta y quintañona.
GUZMAN. Era bruja sin remedio.
JIMENO. Bien lo digeron las obras.
—Se sentó á su lado: estuvo
mirándole, silenciosa,
largo rato, y la encontraron
estasiada en esta forma.
Nada malició don Lope;
la vieja pasó por loca,
y cuando echarla quisimos,
ella, ¡nada! se hizo sorda.
ORTIZ. A palos...
JIMENO. Ese fué el medio;
mas desde aquel punto y hora,
enfermó el niño. Le habia
hechizado la bribona.
GUZMAN. ¡Cáspita! ¿pues?
JIMENO. Le atacaron
convulsiones y congojas
tan grandes, que se nos iba
de entre las manos por horas.
ORTIZ. Diantre!
JIMENO. Y nos contaba el aya
que en legiones numerosas
se desataban las brujas
por las noches en su alcoba,
y con algazara horrible,
sacudiéndole furiosas

contra la pared, jugaban
con el niño á la pelota.

ORTIZ. Jesus! yo me hubiera muerto!

JIMENO. Era pesada la broma!

GUZMAN. Y don Lope?

JIMENO. Hizo quemar
á la vieja encantadora.

GUZMAN. Cuánto me alegro! y el chico,
sanó?

JIMENO. Sí; pero qué importa?
No quisieron entenderme,
que si mi opinion se adopta,
no me queda una gitana
diez leguas á la redonda.
Y á Azucena, sobre todo.

GUZMAN. Su hija?

JIMENO. Sí; y era la moza
pintiparada á su madre,
como una gota á otra gota.

ORTIZ. Y en fin, dime con quien ándas...

JIMENO. Pues en estas y en las otras,
el niño que estaba ya
redondo como una bola,
desapareció.

GUZMAN. Qué diantre!

JIMENO. Nuestra diligencia toda
fué inútil: solo encontramos
un tizon de humana forma
en el sitio donde habian
ajusticiado á la loca.

ORTIZ. Le mataron!

JIMENO. Y en la hoguera.

ORTIZ. Y no la buscasteis...

JIMENO. Toma!
Pero en vano; y sin embargo,
como la viese yo ahora...

GUZMAN. La conocierais?

JIMENO. Sin duda.

GUZMAN. La venganza fué diabólica!
Mas yo apuesto á que la vieja
está pagando la costa
en el infierno.

JIMENO. Quién sabe!

GUZMAN. Pues qué?...

JIMENO. Mi opinion es otra.

Han sucedido despues
ocurrencias misteriosas!...

ORTIZ. Contádmelo á mí!

JIMENO. Pues cómo?
La habeis visto?

ORTIZ. Sí.

JIMENO. En persona?

ORTIZ. Si no en la suya, á lo menos,
bajo mil distintas formas.
Noches atrás, convertida
en lechuza, entró á deshora
en mi aposento, mirándome
de una manera espantosa.
Me apagó la luz, y yo
me arrebujé con mis ropas
por no ver aquellos ojos
que brillaban en la sombra!
Púseme á rezar, y... nada!
hasta que al fin, pavorosa
levantó el vuelo, azotando
las paredes de la alcoba.
Al sentir que me tocaba,
dí un grito, y ella furiosa
lanzó un horrible graznido,
y se escapó... y hasta ahora.

GUZMAN. Bravas cosas me contais;
pero en cambio sabreis otras
que son mas frescas, si no
tan raras y tan curiosas.

ORTIZ. Sí?

GUZMAN. Pero cuenta que nadie
trasluzca que de mi boca
ha salido...

JIMENO. Pues?

GUZMAN. Si el conde
llega á saberlo, me ahorca.

JIMENO. El conde?

GUZMAN. Todo ello es nada!
nada! travesuras propias
de la juventud, que es siempre
tan ardiente como loca.
(A Ortiz.)
Ya sabes que está perdido
de amores por tu señora.

ORTIZ. No ha de estarlo?

JIMENO. Es muy discreta
y tan noble como hermosa.
GUZMAN. Pero no lo sabeis todo.
—Podreis creer que ella adora
á ese trovador, que antaño
pasaba las noches todas
desvelando nuestro sueño
con su laud y sus trovas?
ORTIZ. Y que aun viene.
JIMENO. Pues no dicen
que la pretension apoya
de ese conde que disputa
á nuestro rey la corona?
GUZMAN. Pues sin embargo...
ORTIZ. Atreverse
un hombre de tal estofa
á pretender á una dama
de estirpe tan generosa!
JIMENO. No negareis, sin embargo,
que es muy galan, y que goza
fama de valiente.
ORTIZ. Y eso?...
JIMENO. Para las mugeres, sobra.
GUZMAN. Pero quién es?... no se sabe!
cuál es su cuna? se ignora.
—Es lo que el conde decia;
dónde está su ejecutoria?
Tal vez será algun hidalgo
pobreton, y aun se me antoja...
JIMENO. Al cuento.
GUZMAN. Ya sabeis bien
la confianza que me otorga
el conde.—Anoche, en su cámara,
estando con él á solas,
me dijo: «Escucha Guzman!
esa lealtad que te abona,
me obliga á que te confie
mis penas y mis zozobras.
Esta noche me acompañas
á una empresa peligrosa;
que hoy se cumple mi ventura,
ó mis desdichas se colman.
Sígueme,» añadió, y salimos
aprovechando las sombras,
y esperando sorprender

en su nido á la paloma.

JIMENO. Cómo! en palacio...

GUZMAN. (*A Ortiz.*) Cuidado!
que doña Leonor conozca...

ORTIZ. Ya sabes que puede el conde
contar conmigo.

GUZMAN. En buen hora.
Pues al llegar al vedado
umbral! figuraos su cólera!
del laud del trovador
oyó las pausadas notas.

JIMENO. Del trovador! pues estaba
en el palacio á esas horas!

GUZMAN. Y en el jardin de su alteza.

JIMENO. Locuras de gente moza!

GUZMAN. Allí estará, esclama el conde
con voz conmovida y ronca,
y á la escalera se lanza.
—La noche era tenebrosa!
El cantor, que, por lo visto,
á mi señor equivoca
con algun pobre escudero,
el campo nos abandona.
Doña Leonor llega entonces,
y á la parte mas remota
del jardin, lleva á don Nuño
enamorada y gozosa.
Pero bien pronto, al oir
las atrevidas lisonjas
del conde, su error comprende,
y le rechaza y se enoja.
En esto un hombre se llega
con faz encendida y torva,
y ambos en silencio cruzan
de sus espadas las hojas.

JIMENO. Y qué?

GUZMAN. Desarmado el conde,
perdió en una dos victorias.
—Cuando llegué, todo habia
volado como en tramoya.

JIMENO. No os parece una locura
que así mi señor se esponga...

ORTIZ. En efecto.

JIMENO. Y si la reina
llega á saber estas cosas!...

ORTIZ. (*Mirando adentro.*)
Silencio! pienso que está
levantada mi señora.
GUZMAN. Temprano para quien vela!
JIMENO. Nadie dirá que trasnocha.
GUZMAN. No es aquel su hermano?
ORTIZ. Él es,
siempre con la cara fosca!
JIMENO. Hay tempestad.
ORTIZ. Vámonos
antes que la nube rompa.
(*Vánse por el fondo; un momento despues, salen por la izquierda Don Guillen, Leonor y Jimena.*)

ESCENA II.

DON GUILLEN. LEONOR. JIMENA.

GUILL. Mil quejas tengo que daros
si oirme, hermana, quereis.
LEO. Hablar, don Guillen, podeis,
que pronta estoy á escucharos.
Si á hablar del conde venís
que será en vano os advierto,
y me enojaré por cierto
si en tal tema persistís.
GUILL. Poco estimais, Leonor,
el brillo de vuestra cuna
menospreciando al de Luna
por un simple trovador.
Qué visteis, hermana, en él
para así tratarle impía?
No supera en bizarría
al mas apuesto doncel?
A caballo, en el torneo
no admirasteis su pujanza?
A los botes de su lanza...
LEO. Que cayó de un bote creo.
GUILL. En fin, mi palabra dí
de que suya habeis de ser,
y cumplirla he menester.

LEO. Y vos disponeis de mi?
GUILL. O soy ó no vuestro hermano.
LEO. Nunca lo fuerais por Dios,
que me dió mi madre en vos
en vez de amigo un tirano.
GUILL. En fin, ya os dije mi intento:
ved cómo se ha de cumplir.
LEO. No lo espereis.
GUILL. O vivir
encerrada en un convento.
LEO. Lo del convento mas bien.
GUILL. Eso tu audacia responde?
LEO. Que nunca seré del conde....
nunca; lo oís, don Guillen?
GUILL. Yo haré que mi voluntad
se cumpla aunque os pese á vos.
LEO. Idos, hermano, con Dios.
GUILL. Leonor...! á Dios os quedad.

ESCENA III.

LEONOR. JIMENA.

LEO. Lo oiste? Negra fortuna!
Ya ni esperanza ninguna,
ningun consuelo me resta.
JIMENA. Mas por qué por el de Luna
tanto empeño manifiesta?
LEO. Esa soberbia ambicion
que le ciega y le devora
es ¡triste! mi perdicion.
Y quiere que al que me adora
arroje del corazon!
Yo al conde no puedo amar,
le detesto con el alma:
él vino ¡ay Dios! á turbar
de mi corazon la calma
y mi dicha á emponzoñar.
Por qué perseguirme así?
JIMENA. Desde anoche le aborrezco
mas y mas.
LEO. Yo que creí
que era Manrique... Ay de mi!
todavía me estremezco.

Por él me aborrece ya.

JIMENA. Don Manrique?

LEO. Sí, Jimena.

JIMENA. De vuestro amor dudará?

LEO. Celoso del conde está,
y sin culpa me condena. (*Llora.*)

JIMENA. Siempre llorando, mi amiga?
no cesas....

LEO. Llorando, sí;
yo para llorar nací;
mi negra estrella enemiga,
mi suerte lo quiere asi.
Despreciada, aborrecida
del que amante idolatré,
qué es ya para mí la vida?
Y él creyó que envilecida
vendiera á otro amor mi fé.
No, jamás... la pompa, el oro,
guárdelos el conde allá;
ven, trovador, y mi lloro
te dirá como te adero,
y mi angustia te dirá.
Mírame aqui prosternada;
ven á calmar la inquietud
de esta muger desdichada:
tuyo es mi amor, mi virtud...
Me quieres mas humillada?

JIMENA. Qué haces, Leonor?

LEO. Yo no sé....
alguien viene.

JIMENA. Él es, por Dios!
Y dudabas de su fé!

LEO. Jimena!

JIMENA. Te estorbaré....
solos os dejo á los dos.

ESCENA IV.

LEONOR. MANRIQUE. (*Rebozado.*)

LEO. Manrique! eres tú?
MAN. Yo, sí...
no tembleis.
LEO. No tiemblo yo:
mas si alguno entrar te vió...
MAN. Nadie.
LEO. Qué buscas aquí?
qué buscas...? ah! por piedad...
MAN. Os pesa de mi venida?
LEO. No, Manrique, por mi vida;
me buscas á mí, es verdad?
Sí, sí... yo apenas pudiera
tanta ventura creer;
lo ves? lloro de placer.
MAN. Quién, perjura, te creyera!
LEO. Perjura?
MAN. Mil veces, sí...
mas no pienses que insensato
á obligar á un pecho ingrato,
á implorarte vine aqui.
No vengo lleno de amor
cual un tiempo...
LEO. Desdichada!
MAN. Temblais?
LEO. No, no tengo nada...
pero temo tu rigor.
Quién dijo, Manrique, quien,
que yo olvidarte pudiera
infiel, y tu amor vendiera,
tu amor, que es solo mi bien!
Mis lágrimas no bastaron
á arrancar de tu razon
esa funesta ilusion?
MAN. Harto tiempo me engañaron.
Demasiado te crei
mientras tierna me halagabas

y, pérfida, me engañabas.
Qué necio, qué necio fuí!
Pero no, no impunemente
gozarás de tu traicion:
yo partiré el corazon
de ese rival insolente.
Tus lágrimas! yo creer
pudiera, Leonor, en ellas
cuando con tiernas querellas
á otro halagabas ayer?
No te ví yo mismo, dí?

LEO. Sí; pero juzgué engañada
que eras tú: con voz pausada
cantar una trova oí.
Era tu voz, tu laud,
era el canto seductor
de un amante trovador
lleno de tierna inquietud.
Turbada perdí mi calma,
se estremeció el corazon,
y una celeste ilusion
me abrasó de amor el alma.
Me pareció que te via
en la oscuridad profunda,
que á la luna moribunda
tu penacho descubria.
Me figuré verte allí
con melancólica frente
suspirando tristemente
tal vez, Manrique, por mí.
No me engañaba... un temblor
me sobrecogió un instante...
era sin duda mi amante,
era ¡ay Dios! mi trovador.

MAN. Si fuera verdad, mi vida
y mil vidas que tuviera,
ángel hermoso, te diera.

LEO. No te soy aborrecida?

MAN. Tú, Leonor? pues por quién
asi en Zaragoza entrara?
por quién la muerte arrostrara
sino por tí, por mi bien?
Aborrecerte! quién pudo
aborrecerte, Leonor?

LEO. No dudas ya de mi amor,

Manrique?

MAN. No; ya no dudo.
Ni así pudiera vivir:
¿me amas, es verdad? lo creo,
porque creerte deseo
para amarte y existir.
Porque me fuera la muerte
mas grata que tu desden.

LEO. Trovador!

MAN. No mas; ya es bien
que parta.

LEO. No vuelvo á verte?

MAN. Hoy no, muy tarde será.

LEO. Tan pronto te marchas?

MAN. Hoy:
ya se sabe que aqui estoy;
buscándome estan quizá.

LEO. Sí, vete.

MAN. Muy pronto fiel
me verás, Leonor, mi gloria,
cuando el cielo dé victoria
á las armas del de Urgel.
Retírate... viene alguno.

LEO. Es el conde!

MAN. Vete.

LEO. Cielos!

MAN. Mal os curásteis mis celos...
qué busca aqui este importuno?

ESCENA V.

MANRIQUE, DON NUÑO.

NUÑO. Qué hombre es este?

MAN. Guárdeos Dios
muchos años, el de Luna.

NUÑO. (Pésia mi negra fortuna!)

MAN. Caballero, hablo con vos;
si porque encubierto estoy...

NUÑO. Si decirme algo teneis,
descubrid...

MAN. Me conoceis? (*Descubriéndose.*)

NUÑO. Vos, Manrique!

MAN. El mismo soy,
NUÑO. Cuando á la ley sois infiel
y cuando proscrito estais,
asi en palacio os entrais,
partidario del de Urgel?
MAN. Debo temer por ventura,
conde, de vos?
NUÑO. Un traidor...
MAN. Nunca; vuestro mismo honor
de vos mismo me asegurra.
Siempre fuisteis caballero.
NUÑO. Qué buscais, Manrique, aqui?
MAN. A vos, señor conde.
NUÑO. A mí?
Para qué saber espero.
MAN. No lo adivinais?
NUÑO. Tal vez.
MAN. Siempre enemigos los dos
hemos sido.
NUÑO. Sí, por Dios.
MAN. Pensáislo con madurez.
NUÑO. Pienso que atrevido y necio
anduvisteis en retar
á quien débeos contestar
tan solo con el desprecio.
Qué hay de comun en los dos?
Hablais al conde de Luna,
hidalgo de pobre cuna.
MAN. Y bueno tal como vos.
En fin, no admitís el duelo?
NUÑO. Y lo pudisteis pensar?
yo hasta vos he de bajar?
MAN. No me insulteis, vive el cielo,
que si la espada desnudo
la vil lengua os cortaré.
NUÑO. A mí, villano? No sé (*Saca la espada.*)
cómo en castigarte dudo.
Mas tú lo quieres.
MAN. Salgamos.
NUÑO. Sacad el infame acero.
MAM. Don Nuño, fuera os espero;
cuidad que en palacio estamos.
NUÑO. Cobarde, no escucho nada.
MAN. Ved, conde, que os engañais...
Vos... vos cobarde llamais

al que es dueño de esta espada?

NUÑO. La mia... Y lo sufro, no...

MAN. A recobrarla venid.

NUÑO. No, que no sois, advertid,
caballero como yo.

MAN. Tal vez os equivocais.
Y habladme con mas espacio
mientra estamos en palacio.
Os aguardo.

NUÑO. Dónde vais?

MAN. Al campo, Don Nuño, voy,
donde probaros espero
que si vos sois caballero...
caballero tambien soy.

NUÑO. Os atreveis?

MAN. Sí, venid.

NUÑO. Trovador, no me insulteis
si en algo el vivir teneis.

MAN. Don Nuño, pronto, salid.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA.

En el fondo del teatro se verá la reja del locutorio de un convento: tres puertas, una al lado de la reja que comunica con el interior del claustro, otra á la derecha, que cae á la iglesia, y otra á la izquierda que figura ser la entrada de la calle. Al levantarse el telon se verá á don Guillen á la puerta de la derecha, mirando hácia la iglesia.

ESCENA PRIMERA.

DON GUILLEN: *luego* DON NUÑO.

GUILL. Comprendo, sí, nada alcanza.
su loco amor á estinguir,
y aquí viene á despedir
su ya inútil esperanza!
La herida que al pecho tiene
abierta, en ahondar se empeña.
—Habrá entendido mi seña?
tan ciego está... Pero él viene.

NUÑO. (*Sale de la iglesia.*)
Me llamábais, don Guillen?
GUILL. Señor!...
NUÑO. Conmovido os veo!
GUILL. Os he buscado en la Seo
y en el palacio tambien.
NUÑO. Hoy quebranté mi costumbre.
¡Pero teneis la color
perdida!
GUILL. Os traigo, señor,
nuevas de gran pesadumbre.
NUÑO. Su alteza!...
GUILL. Guárdele el cielo!
de salud completa goza.
NUÑO. Pues qué pasa?
GUILL. En Zaragoza
todos lloran sin consuelo.
NUÑO. Cómo!
GUILL. La traicion impía
que en yermo á Aragon convierte,
dió al arzobispo la muerte.
NUÑO. Qué decís! á don García?
GUILL. Ahora se acaba de hallar
su cádaver junto al muro,
que de la noche en lo oscuro
le debieron de matar.
Murió como bueno y fiel.
NUÑO. Siempre lo fué don García.
GUILL. Porque osado combatía
la pretension del de Urgel.
NUÑO. Infame y cobarde accion
que he de vengar por quien soy!
GUILL. Sí, sí!
NUÑO. Sabed que desde hoy
soy justicia de Aragon,
y si mi poder alcanza
á los traidores, os juro
por mi honor, como el sol puro,
que han de sentir mi venganza.
GUILL. Quién hay que seguro esté
de algun traidor homicida?
NUÑO. Dígalo yo.
GUILL. Vuestra herida...
NUÑO. Grave y peligrosa fué.
y mucho debo á mi suerte.

GUILL. Cierto.
NUÑO. Por milagro existo,
que, por Dios! muy cerca he visto
el semblante de la muerte.
GUILL. La suerte, al fin, del traidor
os dió la venganza presto.
NUÑO. Sí, mas ya que hablamos de esto;
qué me decis de Leonor?
Conmigo siempre irritada
está? por qué su hermosura
marchita en esa clausura
de la corte retirada?
GUILL. Señor...
NUÑO. Desde que dejó
el servicio de su alteza,
de contemplar su belleza
dura tambien me privó.
GUILL. Ya no os lo puedo encubrir...
NUÑO. Mas por qué á la pasion mia
se muestra Leonor, impía?
GUILL. Conde! qué os puedo decir?
En vano fué amenazar,
y nada alcanzó mi ruego:
esposa de Dios va luego
á postrarse ante su altar.
Los lazos de su amor, rotos
mira, y al mundo renuncia,
y en fin, hoy mismo pronuncia
en ese templo sus votos.
NUÑO. Conque era cierto! insensible,
á mi cariño prefiere
un claustro! nada hay que espere!
mi ventura es ya imposible.
GUILL. Bien lo veis.
NUÑO. En mi afliccion,
largo tiempo esperé en vano
ablandar aquel tirano
indomable corazon.
Ha despreciado mi fé
y mi amor, y el sufrimiento
con que llevé mi tormento
y sus rigores lloré.
Y hoy poniendo entre los dos
de la religion el muro,
contra mi amor, el seguro

amparo busca de Dios.

GUILL. Tal flaqueza apenas creo!
de ese amor débil vasallo...

NUÑO. Siempre.

GUILL. Por eso aqui os hallo
cuando os buscaba en la Seo!

NUÑO. Ingrata...

GUILL. Cuando el rumor
llegó, don Nuño, á su oido,
de que habia sucumbido
en Velilla el trovador,
desesperada, llorosa...

NUÑO. No habrá un medio, don Guillen?

GUILL. Ninguno: ni ya está bien...

NUÑO. Decís que aun no es religiosa?

GUILL. Pero lo será muy luego.

NUÑO. Iré yo á verla: yo iré!
si es fuerza, la rogaré.

GUILL. Despreciará vuestro ruego.

NUÑO. Tan en estremo enojada
está?

GUILL. No sabeis, señor,
que no hay tirano mayor
que la muger si es rogada?

NUÑO. Pues bien: la arrebataré
á los pies del mismo altar.
Si ella no me quiere amar...
yo á amarme la obligaré.

GUILL. Conde!

NUÑO. Sí, sí! loco estoy!
no os enojeis, no he querido
ofender...

GUILL. Noble he nacido,
y noble, don Nuño, soy.

NUÑO. Basta! ya sé, don Guillen,
que es ilustre vuestra cuna.

GUILL. Y jamás mancha ninguna
la oscurecerá.

NUÑO. Está bien: (*Con impaciencia.*)
dejadme.

GUILL. Quién mas que yo
este enlace estimaría?
mas si amengua mi hidalguía,
no quiero tal dicha, no.

NUÑO. Decís bien. (*Enojado.*)

GUILL. Si os ofendí...
NUÑO. No, dejadme: fuera están (*Reprimiéndose.*)
mis criados; á Guzman
que entre, direis.
GUILL. Lo haré así. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA II.

DON NUÑO, *luego* GUZMAN.

NUÑO. Gracias á Dios, se fué ya,
que, por cierto, me aburría.
Qué vano con su hidalguia
el buen caballero está!
Si no me quiere servir,
será diligencia vana:
ó ha de ser mia su hermana
ó por ella he de morir.
GUZMAN. (*Sale por la izquierda.*)
Me llamábais?
NUÑO. Ven aquí:
acércate.
GUZMAN. Qué teneis
que mandarme?
NUÑO. Habla mas bajo,
Dí, te atreverás á hacer
lo que te diga?
GUZMAN. Estoy pronto.
NUÑO. A todo? piénsalo bien.
GUZMAN. Aunque me cueste la vida,
podeis de mí disponer.
NUÑO. Lo sé, Guzman: siempre has sido
de mis gentes el mas fiel.
GUZMAN. Y lo seré mientras viva:
vuestro capricho es mi ley.
NUÑO. Ya conoces á la ingrata
doña Leonor de Sesé,
y sabes cuanto he sufrido
por su rigor y esquivez.
GUZMAN. Demasiado!
NUÑO. Y para siempre
voy mi esperanza á perder
si no me ayuda tu arrojo.
Para eso el llamarte fué.

Yo debí olvidarla; pero
mi corazon, y tal vez
mi orgullo, me impulsan hoy
á humillarla: esto ha de ser.
Cuando Manrique murió
en Velilla, imaginé
que resignada á su suerte,
ó instable como muger,
consintiera en aceptar
mi nombre y mi amor con él.
Inutilmente! la ingrata,
en su invencible desden,
prefiere á mi amor, de un cláustro
la espantosa lobreguez.

GUZMAN. Y donde?...

NUÑO. Hoy mismo aqui debe
profesar.

GUZMAN. Hoy mismo! y qué?...

NUÑO. Estorbarlo es necesario. (*Con intencion.*)

GUZMAN. Daros gusto es mi deber.

NUÑO. Nada te sucederá:
yo te lo prometo. El rey
me hace justicia mayor
de Aragon: por tanto...

GUZMAN. Pues!

NUÑO. Contra ti no habrá justicia.

GUZMAN. Es claro! quién la ha de hacer?

NUÑO. Elige entre mis criados
quien te acompañe.

GUZMAN. Quereis
que hable á Ferrando?

NUÑO. Me agrada.
Yo le recompensaré.

ESCENA III.

Dichos y Don Lope. *Sale apresurado por la izquierda.*

Lope. Su alteza os manda á llamar,
señor conde.
Nuño. Qué teneis,
don Lope? venis turbado!
Lope. Turbado? pudiera ser.
Han venido corredores
del campo..
Nuño. Y qué dicen?
Lope. Qué?
Malas nuevas! ha sufrido
nuestro ejército un revés.
Nuño. Qué decis?
Lope. Y Castellar,
segun pude comprender,
fué entrada á saco.
Nuño. Imposible!
Lope. Y se asegura tambien,
que han venido á Zaragoza
gentes del conde de Urgel.
La ciudad está desierta,
porque dicen que ha de haber
rebelion para esta noche.
Nuño. (*Ap. á Guzman.*)
(Todo eso nos está bien.)
Guzman. (Voy...)
Nuño. (*Lo mismo.*) (Escucha: si encontrares
resistencia, no te des
por vencido: espada tienes.)
Guzman. (Pero aquí?...)
Nuño. (Yo soy tu juez.)
(*Váse Guzman por la izquierda.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos GUZMAN.

LOPE. Pero lo mas admirable
del caso, aun no lo sabeis.
Quién pensais que es el caudillo
de los contrarios?
NUÑO. No sé.
LOPE. Un muerto.
NUÑO. Don Lope!
LOPE. Justo.
Y á que no acertais quien es?
NUÑO. Yo?...
LOPE. Pues le habeis conocido,
y aun odiado.
NUÑO. Pero quién?...
LOPE. Ese trovador.
NUÑO. Manrique!
No dicen que muerto fué
en Velilla?
LOPE. Sí, aunque nadie
le pudo allí conocer.
NUÑO. No era el mismo?
LOPE. O lo que yo
he sospechado despues...
NUÑO. Qué?
LOPE. Debe de andar en esto
la mano de Lucifer.
NUÑO. Don Lope! os quereis burlar?
LOPE. Cada cual tiene su fé.
NUÑO. Y está en el castillo?
LOPE. No,
sino aqui.
NUÑO. No puedo creer...
LOPE. Esta mañana le ha visto
quien le conoce muy bien.
NUÑO. Y el caudillo de la trama
urdida, sin duda es él.
LOPE. Es el mas osado.

NUÑO. Cierto:
mas puede su intrepidez
costarle cara: esta noche,
si viene, lo hemos de ver.
(*Váse por la izquierda.*)
LOPE. Pues si los soldados son
como el caudillo... pardiez!
una legion incorpórea!
—Que todo pudiera ser!
(*Váse detrás del conde, y queda el teatro por un instante solo.*)

ESCENA V.

Se dejan ver algunas religiosas en el locutorio; la puerta que está al lado de la reja se abre, y aparece LEONOR *apoyada del brazo de* JIMENA: *las rodean algunos sacerdotes y religiosas.*

LEO. Jimena!
JIMENA. Al fin abandonas
á tu amiga.
LEO. Quiera el cielo
hacerte á tí mas feliz,
tanto como yo deseo.
JIMENA. Por qué obstinarte?
LEO. Es preciso:
ya no hay en el universo
nada que me haga apreciar
esta vida que aborrezco.
Aqui de Dios en las aras
no veré, amiga, á lo menos
á esos tiranos impíos
que causa de mi mal fueron.
JIMENA. Ni una esperanza...
LEO. Ninguna:
él murió ya.
JIMENA. Tal vez luego
se borrará de tu mente

ese recuerdo funesto.
El mal como la ventura,
todo pasa con el tiempo.

LEO. Estoy resuelta; ya no hay
felicidad, ni la quiero,
en el mundo para mí:
solo morir apetezco.
Acompáñame, Jimena.

JIMENA. Estás temblando.

LEO. Sí, tiemblo
porque á ofender voy á Dios
con pérfido juramento.

JIMENA. Qué dices?

LEO. Ay! todavia
delante de mí le tengo,
y Dios, y el altar y el mundo
olvido cuando le veo.
Y siempre viéndole estoy
amante, dichoso y tierno...
mas no existe: es ilusion
que imagina mi deseo.
Vamos.

JIMENA. Leonor!

LEO. Vamos pronto;
le olvidaré, lo prometo.
Dios me ayudará... sostenme,
que apenas tenerme puedo.

ESCENA VI.

Queda la escena un momento sola: salen por la izquierda DON MANRIQUE *con el rostro cubierto con la celada, y* RUIZ.

RUIZ. Este es el convento.

MAN. Sí,
Ruiz, pero nada veo.
Si te engañaron?

RUIZ. No creo...

MAN. Estás cierto que era aquí?
RUIZ. Señor, muy cierto.
MAN. Sin duda
tomó ya el velo.
RUIZ. Quizá.
MAN. Ya esposa de Dios será,
ya el ara santa la escuda.
RUIZ. Pero...
MAN. Déjame, Ruiz;
ya para mí no hay consuelo.
Por qué me dió vida el cielo
si ha de ser tan infeliz?
RUIZ. Mas qué causa pudo haber
para que así consagrára
tanta hermosura en el ara?
Mucho debió padecer.
MAN. Nuevas falsas de mi muerte
en los campos de Velilla
corrieron, cuando en Castilla
estaba yo.
RUIZ. De esa suerte...
MAN. Persiguiéronla inhumanos
que envidiaban nuestro amor,
y ella busca al Redentor
huyendo de sus tiranos.
Si supiera que aun existo
para adorarla... no, no...
ya olvidarte debo yo,
esposa de Jesucristo.
RUIZ. Qué haceis? Callad!...
MAN. Loco estoy...
Y como no estarlo ¡ay cielo!
si infelice mi consuelo
pierdo y mis delicias hoy?
No los perderé: Ruiz,
déjame.
RUIZ. Qué vais á hacer?
MAN. Si yo la pudiera ver...
con esto fuera feliz.
RUIZ. Aqui el locutorio está.
MAN. Vete.
RUIZ. Fuera estoy.

ESCENA VIII.

MANRIQUE. *Despues* GUZMAN, FERRANDO.

MAN. Qué haré?
turbado estoy... llamaré?
Tal vez orando estará.
Acaso en este momento
llora cuitada por mí:
nadie viene... por aqui...
es la iglesia del convento.
FER. Tarde llegamos, Guzman.
GUZ. Quién es ese hombre?
FER. No sé.
(*Las religiosas cantarán dentro un responso: el canto no cesará hasta un momento despues de concluida la jornada.*)
GUZ. Oyes el canto?
FER. Sí á fé.
GUZ. En la ceremonia están.
MAN. Qué escucho... cielos! es ella...
(*Mirando á la puerta de la iglesia.*)
Allí está bañada en llanto,
junto al altar sacrosanto,
y con su dolor mas bella.
GUZ. No es esa la iglesia?
FER. Vamos.
MAN. Ya se acercan hácia aqui.
FER. Espérate.
GUZ. Vienen?
FER. Si.
MAN. No, que no me encuentre... huyamos.
(*Quiere huir, pero deteniéndose de pronto se apoya vacilando en la reja del locutorio. Leonor, Jimena y el séquito salen de la iglesia y se dirigen á la puerta del claustro; pero al pasar al lado de Manrique éste alza la visera, y Leonor reconociéndole cae desmayada á sus pies. Las religiosas aparecen en el locutorio llevando velas encendidas.*

GUZ. Esta es la ocasion... valor.
LEO. Quién es aquel? mi deseo (*A Jimena.*)
me engaña... Sí, es él!
JIMENA. Qué veo!
LEO. Ah! Manrique!...
GUZ. }
FER. } El trovador! (*Huyen.*)

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

JORNADA TERCERA.

Interior de una cabaña: Azucena estará sentada cerca de una hoguera; Manrique á su lado de pie.

ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE. AZUCENA.

AZUCE. (*Canta.*) Bramando está el pueblo indómito
de la hoguera en derredor;
al ver ya cerca la víctima
gritos lanza de furor.
Allí viene; el rostro pálido,
sus miradas de terror,
brillan de la llama trémula
al siniestro resplandor.

MAN. Qué triste es esa cancion!

AZUCE. Tú no sabes esta historia
que está, á par que en mi memoria,
guardada en mi corazon.
MAN. Por qué?
AZUCE. Jamás te he contado
este doloroso y triste
suceso; ¡nunca! Te fuiste
tan pequeño de mi lado!
MAN. Don Diego de Haro me dió
su amparo, y por él medraba.
AZUCE. Es verdad; mas no te amaba
tanto como te amo yo.
MAN. Perdonad! mi pobre cuna
esta ambicion deslucía,
y yo vengar pretendia
agravios de la fortuna.
Haceros feliz, ha sido
mi esperanza.
AZUCE. Sí, te creo.
MAN. Pero en vano es mi deseo:
vos nunca lo habeis querido.
AZUCE. Feliz! pobre lo seré
mejor que dueña de un trono.
Yo, Manrique, no ambiciono
riquezas... Y para qué?
Me basta mi libertad,
y las montañas que fueron
mi cuna, y donde vivieron
tus padres siempre.
MAN. Es verdad!
siempre! Triste condicion
á los mios ha tocado!
AZUCE. Tú nunca me has preguntado
por ellos.
MAN. Teneis razon.
De un temor, bajo el imperio,
que dominar no he podido,
madre, jamás me he atrevido
á aclarar ese misterio.
AZUCE. Sí, Manrique! es un arcano
horrible! aqui de esa historia
vive eterna la memoria!
Quiero olvidarla, y en vano.....
MAN. Por qué os quisisteis fijar
en este sitio!

AZUCE. Por qué?
porque aqui mismo, aqui fué
en donde la ví espirar.
MAN. Quién, madre mia?
AZUCE. Sí! es cierto!
tú no sabes este amargo
suceso, no! y sin embargo...
era mi madre! aqui ha muerto!
MAN. Vuestra madre!
AZUCE. Era inocente;
mas se dijo entonces que era
encantadora, hechicera...
MAN. Infames!
AZUCE. Y á una demente!
sí, hijo, estaba loca; pero
el vulgo desatentado
la acusó de haber aojado
al hijo de un caballero.
MAN. Y qué?
AZUCE. No hubo compasion
para ella, y fué condenada
á morir... á ser quemada,
sin mas causa ni razon.
MAN. Y se atrevieron tal vez...
AZUCE. Aquí! donde está esa hoguera,
sin que ninguno tuviera
lástima de su vejez!
Yo, Manrique, la seguia
llorando como quien llora
á una madre á quien adora;
porque adoraba en la mia!
Unido contra mi seno
llevaba yo á mi hijo... á tí.
Volvió mi madre hácia mí
el rostro grave y sereno,
y me miró, y me bendijo:
y ya del suplicio al lado,
con acento desgarrado;
vengame! vengame! dijo.
Oh! no puedo recordar
aquella palabra, en calma!
se grabó en mi pecho, en mi alma,
y no la puedo olvidar.
Ofrecí en aquel momento
vengarla, de una manera

horrible, espantosa, fiera...
y cumplí mi juramento!

MAN. Si, la vengasteis? hablad!
Para una accion tan malvada
mil crímenes eran nada!
la vengasteis, es verdad?

AZUCE. Bien pronto, tuve ocasion
de lograrlo. Yo no hacia
sino acechar noche y dia
de aquel noble la mansion.
Descuidáronse: entré en ella;
al niño en brazos cogí,
y aunque salieron tras mí,
les hice perder mi huella.
Aqui vine, por mi ardor
y mi venganza, impulsada.
La hoguera ya preparada...

MAN. Cómo! tuvisteis valor?...

AZUCE. El inocente lloraba!
tal vez implorar queria
mi compasion, y gemia,
y mi rostro acariciaba.
Quién no se doliera, quién,
de aquel acerbo dolor?
Temblé! me faltó el valor!...
—No era yo madre tambien?

MAN. Pero en fin?

AZUCE. Yo, sin embargo,
no me olvidaba un momento
de mi madre. Aquel lamento
desgarrador cuanto amargo;
aquel espantoso grito,
que cual postrera esperanza
me encomendó una venganza
empujándome á un delito,
una y otra vez heria
mi corazon con espanto,
mientras que del niño el llanto
me helaba ó me enternecia.
Oh! bien pronto se agotó
mi esfuerzo en aquel martirio,
y un espantoso delirio
de repente me asaltó!
Entonces, como en un sueño,
allá, delante de mí

pasar á mi madre ví,
triste la faz, torvo el ceño!
y ví en torno del suplicio
sayones que discurrian
armados, y se reian
del infando sacrificio.
Sonó un grito, «véngame!»
que cual doloroso ruego
salió espirante del fuego:
y dije: «te vengaré!»
Oyeme! desesperada,
á todas partes tendí
mi vista, y al niño así
entre mis manos, airada!
Con ánimo ya resuelto,
pero ciega y delirante,
le vi rodar un instante
entre las llamas envuelto.
A sus gritos, desperté
de mi ciego desvarío!
Ay! aquel niño era el mio!

MAN. Dios santo!

AZUCE. ¿Qué he dicho, qué?

MAN. No sois mi madre!

AZUCE. Insensato!
Ves como en vano se esconde
tu presuncion? el del conde
era el niño.

MAN. Oh Dios!

AZUCE. Ingrato!
No quieres tú que yo sea
tu madre?

MAN. Pregunta estraña!

AZUCE. Al menos, mi amor engaña
de modo que yo te crea.

MAN. No: si otro nombre codicio
con esperanzas que halago;
si ya á mi pesar no os hago
de mi orgullo el sacrificio,
todo este anhelo de gloria
en que abrasado me siento,
no hará que os borre un momento,
oh madre! de mi memoria!
Es cierto que alguna vez
he acusado á la fortuna

que puso desde mi cuna
rémoras á mi altivez.
Muchas veces digo yo:
si, como mi afan desea,
fuese un Lanuza, un Urrea...

AZUCE. Un Artal... (*Mirándole con atencion.*)

MAN. Un Artal no!
Si ese nombre fuera el mio,
le negaba.

AZUCE. Por qué es eso?

MAN. Antes hijo de un confeso.
de un esclavo, de un judío!
—Decis bien! condicion nécia
del hombre! vana inquietud
del que busca la virtud
en lo mismo que desprecia!
No sufriré que esa ley
injusta, en mi orgullo mande,
no! mi corazon es grande
como el corazon de un rey!
Tengo mi brazo y mi espada.

AZUCE. Cierto! qué ambicionas mas!

MAN. (*Mirando al fondo.*)
(Aun no viene!)

AZUCE. Pero estás
inquieto. ¿Qué sientes?

MAN. Nada.

AZUCE. Algun pesar te devora!
Te pesa de haber nacido
tan pobre, tan desvalido?...

MAN. Pesarme? no, no, señora!

AZUCE. No temas: yo no diré
que soy tu madre. ¿No estoy
cierta yo de que lo soy?
pues bien: me contentaré.
Pero al menos...

ESCENA II.

Dichos y Ruiz *al fondo.*

Man. (Ahi está!)
Azuce. Esperas á ese hombre?
Man. Sí,
madre! que no os halle aqui.
Azuce. No temas: no me verá.
(*Se aparta á un lado.*)
Man. (*Dirigiéndose á Ruiz.*)
Qué hay, pues?
Ruiz. Que llegó el momento.
Man. Noche de luto ó de gloria!
alcance yo esa victoria
ó exhale el postrer aliento! (*Vánse los dos.*)

ESCENA III.

Azucena: *luego* Don Nuño, Don Gullen, Don Lope, Jimeno *y* Soldados.

Azuce. Ingrato! ingrato! partió
sin decirme una palabra
de cariño! sin volver
á su madre, una mirada!
—Su madre! oh Dios! que no sepa
jamás de esa historia infausta
la horrible verdad! que ignore
el brillo de su prosapia.
Si le digera, «tú no eres
hijo mio: de mas alta
familia tienes origen!...»
Qué hiciera? me despreciara!
Verme en la fria vejez
sola, triste, abandonada...
Oh! no! que nunca lo sepa!
esta es mi sola venganza.
Y para qué le salvé
la vida?

(*En este momento se ven aparecer al fondo soldados con hachas de viento encendidas.*)

NUÑO (*Dentro.*) Que nadie salga
de aqui!

AZUCE. Cielos! viene gente!
soldados! ay! quién me ampara!
(*Corre á esconderse por la derecha.*)

GUILL. Nadie hay aqui.

NUÑO. Nos habrán
burlado?

GUILL. Tal vez se amparan
de ese bosque en la espesura:
mas no es posible que salgan.

NUÑO. La impaciencia me consume,
don Guillen! oh! si lograra
dar esta noche á mis celos
y á mis agravios venganza!

GUILL. Pero es cierto que aun existe...

NUÑO. Verdad es por mi desgracia.
Ferrando y Guzman le vieron
hoy mismo, y él de esta trama
es el caudillo.

GUILL. Imposible
parece tan loca audacia.

NUÑO. Ya lo vereis; mas si logro
que hoy entre mis manos caiga...
(*Se oye dentro rumor y algazara.*)

GUILL. Qué ruido es ese?

ESCENA IV.

Los mismos. GUZMAN.

GUZMAN. Señor?

NUÑO. Quién motiva esa algazara?
Qué traeis?

GUZMAN. Vuestros soldados
que por el bosque rondaban,
han preso á una bruja

NUÑO. Qué?

GUZMAN. Si señor, á una gitana.

NUÑO. Por qué motivo?
GUZMAN. Sospechan,
al ver que de huir trataba
cuando la vieron, que venga
á espiar.
NUÑO. Y por qué arman
ese alboroto? qué es eso? (*Mirando á dentro.*)
GUILL. No veis como la maltratan?
NUÑO. Traédmela, y que ninguno
sea atrevido á tocarla.

ESCENA V.

Los mismos. AZUCENA *conducida por soldados y con las manos atadas.*

AZUCE. Defendedme de esos hombres
que sin compasion me matan...
defendedme.
NUÑO. Nada temas:
nadie te ofende.
AZUCE. Qué causa
he dado para que asi
me maltraten?
GUILL. Desgraciada!
NUÑO. A dónde ibas?
AZUCE. No sé...
por el mundo: una gitana
por todas partes camina,
y todo el mundo es su casa.
NUÑO. Vienes de Castilla?
AZUCE. No;
vengo, señor, de Vizcaya,
que la luz primera ví
en sus áridas montañas.
Por largo tiempo he vivido
en sus crestas elevadas,
donde pobre y miserable
por dichosa me juzgaba.
Un hijo solo tenia,
y me dejó abandonada:

vine á Aragon á buscarle,
que no tengo otra esperanza.
Y le quiero tanto! él es
el consuelo de mi alma,
señor, y el único apoyo
de mi vejez desdichada.

GUZMAN. Me hace sospechar, don Nuño.

NUÑO. Teme, muger, si me engañas.

AZUCE. Quereis que os lo jure?

NUÑO. No;
mas ten cuenta que te habla
el conde de Luna.

AZUCE. Vos! (*Sobresaltada.*)
Sois vos! (Gran Dios!)

JIMENO. Esa cara!
esa turbacion...

AZUCE. Dejadme...
permitidme que me vaya...

JIMENO. Irte...? Don Nuño, prendedla.

AZUCE. Por piedad no... Qué! no bastan
los golpes de esos impíos,
que de dolor me traspasan?

NUÑO. Que la suelten.

JIMENO. No, don Nuño.

NUÑO. Está loca.

JIMENO. Esa gitana
es la misma que á don Juan
vuestro hermano...

NUÑO. Qué oigo!

AZUCE. Calla!
no se lo digas, cruel,
que si lo sabe me mata.

NUÑO. Atadla bien.

AZUCE. Por favor,
que esas cuerdas me quebrantan
las manos... Manrique, hijo,
ven á librarme.

GUILL. Qué habla?

AZUCE. Ven, que llevan á morir
á tu madre.

NUÑO. Tú, inhumana,
tú fuiste!

AZUCE. No me hagais mal,
os lo pido arrodillada....
tened compasion de mí.

NUÑO. Llevadla de aqui... apartadla
de mi vista.
AZUCE. No fuí yo;
ved, don Nuño, que os engañan.

ESCENA VI.

Los mismos, menos AZUCENA, *que se vá conducida por algunos soldados.*

NUÑO. Don Lope, á la Aljafería
en el momento llevadla.
Vos de ella me respondeis
con vuestra cabeza.
LOPE. Basta!
cumpliré con mi deber. (*Váse.*)
NUÑO. Oh! logré mas que esperaba!
No lo oisteis, don Guillen?
es hijo de esa gitana!
GUILL. Volvamos á Zaragoza,
señor, si acaso intentaran
en nuestra ausencia....
NUÑO. Eso quiero!
midamos al fin las armas.
GUILL. Don Nuño!...
NUÑO. Sucumbirán;
pero aunque vencer lograran,
no lograrán arrancarme
de las manos, mi venganza. (*Vánse.*)

MUTACION.

El teatro representa el jardin ó huerto del convento de las monjas de Belen. En el fondo una tapia, y en medio de ella una gran puerta. Al levantarse el telon, se vera á RUIZ *acabando de forzar la puerta, y un soldado subido sobre la tapia.*

ESCENA VII.

RUIZ, *el* SOLDADO.

RUIZ. Ten cuidado...
SOLD. Estoy alerta.
Abriste ya?
RUIZ. Poco falta.
Este pestillo... ya salta! (*Abre la puerta.*)
SOLD. Al fin! maldecida puerta!
RUIZ. No habrá llegado el rumor
á las madres?
SOLD. Será estraño.
Quién viene? (*Se baja por el lado afuera de la tapia.*)
RUIZ. Si no me engaño...
si, no hay duda: es mi señor.

ESCENA VIII.

Dichos y MANRIQUE.

MAN. Ruiz?
RUIZ. Qué mandais?
MAN. Junto al muro
toda mi gente apostada
tengo: allánale la entrada.
RUIZ. Entrará: yo os lo aseguro.
MAN. Ya se sabe nuestro intento.
RUIZ. Es posible?
MAN. No te asombres.
Tienes aqui muchos hombres?
RUIZ. Apenas llegan á ciento.
MAN. Ayudando los de fuera
bastarán para forzar
la puerta: vé sin tardar,
y ayude Dios á quien quiera.

RUIZ. Voy. (*Váse cerrando la puerta del fondo.*)

MAN. Pavorosa mansion,
en cuyo espacio se encierra
cuanto hoy existe en la tierra
querido á mi corazon!
perdóname, si con tanta
ceguedad, luchando voy,
y osado, tu suelo estoy
profanando con mi planta!
Me oyes! yo he venido aquí
á salvarte, Leonor mia!
—No perderá mi osadia
la dicha que busco en tí?
Rechazarás con horror
esta pasion invencible
que me arrastra?—No! imposible!...
ó no fueras tú Leonor!
Oh! si debiera á mi estrella
tal ventura...—Alguno viene
aqui! ocultarme conviene
hasta averiguar si es ella.
(*Se interna en el jardin: Leonor sale un momento despues por el lado opuesto.*)

ESCENA IX.

LEONOR *sola.*

esta

LEO. Ya el sacrificio que odié
mi labio trémulo y frio
consumó: perdon, Dios mio,
perdona si te ultrajé.
Llorar triste y suspirar
solo puedo; ay, Señor, no...
tuya no debo ser yo.
recházame de tu altar,
Los votos que alli te hiciera
fueron votos de dolor
arrancados al temor
de un alma tierna y sincera.
Cuando en el ara fatal
eterna fé te juraba,
mi mente ¡ay Dios! se extasiaba
en la imágen de un mortal.

Imágen que vive en mí
hermosa, pura y constante...
No, tu poder no es bastante
á separarla de aquí.
Perdona, Dios de bondad,
perdona, sé que te ofendo:
vibra tu rayo tremendo
y confunde mi impiedad.
Mas no puedo en mi inquietud
arrancar del corazon
esta violenta pasion
que es mayor que mi virtud.
Tiempos en que amor solia
colmar piadoso mi afan,
qué os hicisteis? dónde estan
vuestra gloria y mi alegría?
De amor el suspiro tierno
y aquel placer sin igual,
tan breve para mi mal
aunque en mi memoria eterno?
Ya pasó... mi juventud
los tiranos marchitaron,
y á mi vida prepararon
junto al ara el atahud.
Ilusiones engañosas,
livianas como el placer,
no aumenteis mi padecer...
sois por mi mal tan hermosas!
(*En este momento aparece Manrique, y al verle, despues de un momento de duda se arroja Leonor en sus brazos.*)

LEO. Sueños; dejadme gozar...
no hay duda... él es... trovador...
(*Viendo entrar á Manrique.*)
será posible...

MAN. Leonor!

LEO. Gran Dios! ya puedo espirar.

ESCENA ~~XIV.~~

MANRIQUE. LEONOR.

MAN. Te encuentro al fin, Leonor.
LEO. Huye: qué has hecho?
MAN. Vengo á salvarte; á quebrantar osado
los grillos que te oprimen, á estrecharte
en mi seno, de amor enagenado.
Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
que te estrecho en mis brazos, que respiras
para colmar, hermosa, mi esperanza,
y que estasiada de placer me miras.
LEO. Manrique!
MAN. Si, tu amante que te adora
mas que nunca feliz.
LEO. Calla...!
MAN. No temas:
todo en silencio está como el sepulcro.
LEO. Ay! ojalá que en él feliz durmiera
antes que delincuente profanara,
torpe esposa de Dios, su santo velo.
MAN. Su esposa tú...! jamás.
LEO. Yo, desdichada,
yo no ofendiera con mi llanto al cielo.
MAN. No, Leonor, tus votos indiscretos
no complacen á Dios: ellos le ultrajan.
Por qué temes? huyamos: nadie puede
separarme de tí.. tiemblas...? vacilas...?
LEO. Sí; Manrique...! Manrique...! ya no puede
ser tuya esta infeliz; nunca... mi vida,
aunque llena de horror y de amargura,
ya consagrada está, y eternamente,
en las aras de un Dios omnipotente.
Peligroso mortal, no mas te goces
envenenando ufano mi existencia;
demasiado sufrí, déjame al menos
que triste muera aqui con mi inocencia.
MAN. Esto aguardaba yo! Cuando creia
que mas que nunca enamorada y tierna

me esperabas ansiosa, así te encuentro
sorda á mi ruego, á mis halagos fria!
Y tiemblas, dí, de abandonar las aras
donde tu puro afecto y tu hermosura
sacrificaste á Dios...? Pues qué...! no fueras
antes conmigo que con Dios perjura?
Sí, en una noche...

LEO. Por piedad!

MAN. Te acuerdas?
En una noche plácida y tranquila...
qué recuerdo, Leonor! nunca se aparta
de aqui, del corazon: la luna heria
con moribunda luz tu frente hermosa,
y de la noche el aura silenciosa
nuestros suspiros tiernos confundia.
«Nadie cual yo te amó,» mil y mil veces
me dijiste falaz: «Nadie en el mundo
como yo puede amar;» y yo insensato
fiaba en tu promesa seductora,
y feliz y extasiado en tu hermosura
con mi esperanza allí me halló la aurora.
Quimérica esperanza! quién diria
que la que tanto amor asi juraba,
juramento y amor olvidaria!

LEO. Ten de mí compasion: si por tí tiemblo,
por ti y por mi virtud, no es harto triunfo?
Sí, yo te adoro aun; aqui en mi pecho
como un raudal de abrasadora llama
que mi vida consume, eternos viven
tus recuerdos de amor; aqui, y por siempre,
por siempre aqui estarán, que en vano quiero
bañada en lloro, ante el altar postrada,
mi pasion criminal lanzar del pecho.
No encones mas mi endurecida llaga;
si aun amas á Leonor, huye, te ruego,
libértate de tí.

MAN. Que huya me dices...!
yo, que sé que me amas...!

LEO. No, no creas...
no puedo amarte yo... si te lo he dicho,
si perjuro mi labio te engañaba,
lo pudiste creer...? Yo lo decia,
pero mi corazon.. te idolatraba.

MAN. Encanto celestial! tanta ventura
puedo apenas creer.

LEO. Me compadeces...?
MAN. Ese llanto, Leonor, no me le ocultes;
deja que ansioso en mi delirio goce
un momento de amor; injusto he sido,
injusto para tí... vuelve tus ojos,
y mírame risueña y sin enojos.
Es verdad que en el mundo no hay delicia
para ti sin mi amor?
LEO. Lo dudas...?
MAN. Vamos...
pronto huyamos de aqui.
LEO. Si ver pudieses
la lucha horrenda que mi pecho abriga!
Qué pretendes de mí? que infame, impura,
abandone el altar, y que te siga
amante tierna, á mi deber perjura?
Mírame aqui á tus pies, aqui te imploro
que del seno me arranques de la dicha:
tus brazos son mi altar, seré tu esposa,
y tu esclava seré; pronto, un momento,
un momento pudiera descubrirnos,
y te perdiera entonces.
MAN. Angel mio!
LEO. Huyamos, sí... no ves alli en el claustro
una sombra...? gran Dios!
MAN. No hay nadie, nadie...
fantástica ilusion.
LEO. Ven, no te alejes;
tengo un miedo! no, no... te han visto... vete...
pronto, vete por Dios... mira el abismo
bajo mis pies abierto: no pretendas
precipitarme en él.
MAN. Leonor, respira,
respira por piedad: yo te prometo
respetar tu virtud y tu ternura.
No alienta. Sus sentidos trastornados...
me abandonan sus brazos... no, yo siento
su seno palpitar... Leonor, ya es tiempo
de huir de esta mansion, pero conmigo
vendrás tambien. Mi amor, mis esperanzas,
tú para mí eres todo, angel hermoso.
No me juraste amarme eternamente
por el Dios que gobierna el firmamento?
Ven á cumplirme, ven, tu juramento.
(*Al quererla llevar en brazos hácia la puerta del fon-*

do, se abre esta de par en par, y un soldado sale por ella manifestando grande agitacion.)

SOLDA. Pronto, señor!

MAN. Qué es eso?

SOLDA. El enemigo! (*Vase.*)

MAN. En qué momento!

LEO. Por piedad!

MAN. Alienta!

LEO. Dónde estoy?

MAN. En mis brazos!
aqui, contra mi seno,
presa de amor en los estrechos lazos.

LEO. Horrible amor! horrible!... Vete, deja...
salvate por piedad... No oyes, no miras...
(*Dirigiendo con ansiedad la vista hácia el fondo del teatro.*)

MAN. Pero ante el riesgo mi valor no ceja.
(Mis gentes no vendrán, pese á mis iras!)

LEO. Ay! no ves que te pierdes?

MAN. Qué me importa,
si no te pierdo á tí?

LEO. Mira á lo lejos
armas...

MAN. Armas!

LEO. Sí, sí! la calle inundan
de esas luces brillando á los reflejos.

MAN. Oh! sí!.. pero no temas: á tu lado
no estoy yo? moriré por defenderte
si asi lo manda mi destino airado.

LEO. Y qué será de mí, si te dan muerte?
Huye! sálvate.

MAN. No.

LEO. Ves que se acercan?
Es el conde!

MAN. Gran Dios! y he de perderte?
(*Se oye tocar á rebato.*)

LEO. Oyes?

MAN. Si; es la señal: en salvo estamos.

VOCES. (*Dentro.*) Traicion!
(*Manrique desenvaina su espada.*)

LEO. Oh! qué haces?

MAN. Si mi voz esperan!...
Mis valientes, aquí!

XI

ESCENA ~~IX.~~

En este momento aparecen Don Nuño, Don Lope *y* Soldados *con luces, y por otra parte* Ruiz *que con su gente se coloca al lado de Manrique. Este defenderá á* Leonor *ocultándose entre los suyos y peleando con* Don Guillen *y* Don Nuño. *Entretanto no cesarán de tocar á rebato.*

Nuño. Traidor! te encuentro
al fin!
Leo. Piedad, piedad!
Nuño. Que todos mueran!

FIN DE LA TERCERA JORNADA.

JORNADA CUARTA.

Una sala en la torre de Castellar con puertas laterales y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR. RUIZ.

LEO. Qué nuevas?...
RUIZ. De contento: la victoria
otra vez nuestro esfuerzo ha coronado.
El enemigo osado
que nuestros muros á sitiar venia,
hácia los montes va desbaratado,
á ocultar su vergüenza y cobardía.
LEO. (Cuántas desdichas!)
RUIZ. De la lid despojos,
rendidos al rigor de los aceros

hoy llegarán tal vez á nuestros muros
cuantos allí cayeron prisioneros.

LEO. Calla! deja que ignore
males que lloro y que lamento en vano:
vencido ó vencedor fuerza es que llore...

RUIZ. Os comprendo. (Infeliz!)

LEO. Tengo un hermano!

RUIZ. Es cierto: perdonad...
(*Despues de un momento de pausa.*)
Y don Manrique?

RUIZ. Aun reposando está.
(*Leonor hace una seña, y se retira Ruiz.*)

LEO. Duerme tranquilo
mientras rugiendo atroz sobre tu frente
rueda la tempestad, mientras llorosa
tu amante criminal tiembla azorada.
Cuál es mi suerte? Ó Dios! Por qué tus aras
ilusa abandoné? La paz dichosa
que allí bajo las bóvedas sombrías
feliz gozaba tu perjura esposa...
Esposa yo de Dios? no puedo serlo;
jamás, nunca lo fuí... tengo un amante
que me adora sin fin, y yo le adoro,
que no puedo olvidar solo un instante.
Ya con eternos vínculos el crímen
á su suerte me unió... nudo funesto,
nudo de maldicion que allá en su trono
enojado maldice un Dios terrible.

ESCENA II.

LEONOR. MANRIQUE.

LEO. Manrique, eres tú?

MAN. Sí, Leonor querida.

LEO. Qué tienes?

MAN. Yo no sé...

LEO. Por qué temblando
tu mano está? qué sientes?

MAN. Nada, nada.

LEO. En vano me lo ocultas.

MAN. Nada siento.

Estoy bueno... Qué dices? que temblaba
mi mano?.. no... ilusion... nunca he temblado.
Ves cómo estoy tranquilo ?

LEO. De otra suerte
me mirabas ayer... tu calma fria
es la horrorosa calma de la muerte.
Pero qué causa, dime, tus pesares?

MAN. Quieres que te lo diga?

LEO. Sí, lo quiero.

MAN. Ningun temor real, nada que pueda
hacerte á tí infeliz ni entristecerte
causa mi turbacion... Mi madre un dia
me contó cierta historia, triste, horrible
que no puedes saber, y desde entonces
como un espectro me persigue eterna
una imágen atroz. No lo creyeras,
y á contártelo yo te estremecieras.

LEO. Pero...

MAN. No temas, no; tan solo ha sido
un sueño, una ilusion, pero horrorosa...
un sudor frio aun por mi frente corre.
Soñaba yo que en silenciosa noche
cerca de la laguna que el pié besa
del alto Castellar contigo estaba.
Todo en calma yacía; algun gemido
melancólico y triste
solo llegaba lúgubre á mi oido.
Trémulo como el viento en la laguna
triste brillaba el resplandor siniestro
de amarillenta luna.
Sentado allí á su orilla y á tu lado
pulsaba yo el laud, y en dulce trova
tu belleza y mi amor tierno cantaba,
y en triste melodía
el viento que en las aguas murmuraba
mi canto y tus suspiros repetia.
Mas súbito azaroso, de las aguas
entre el turbio vapor, cruzó luciente
relámpago de luz que hirió un instante
con brillo melancólico tu frente.
Yo ví un espectro que en la opuesta orilla
como ilusion fantástica vagaba
con paso misterioso,
y un quejido lanzando lastimoso
que el nocturno silencio interrumpia,

ya triste nos miraba,
ya con rostro infernal se sonreia.
De pronto el huracan cien y cien truenos
retemblando sacude,
y mil rayos cruzaron,
y el suelo y las montañas
á su estampido horrísono temblaron.
Y envuelta en humo la feroz fantasma
huyó; los brazos hácia mí tendiendo:
Véngame! dijo y se lanzó á las nubes:
Véngame! por los aires repitiendo.
Frio con el pavor tendí mis brazos
adonde estabas tú... tú ya no estabas,
y solo hallé á mi lado
un esqueleto, y al tocarle osado
en polvo se deshizo, que violento
llevóse al punto retronando el viento.
Yo desperté azorado; mi cabeza
hecha estaba un volcan, turbios mis ojos,
mas logro verte al fin, tierna, apacible,
y tu sonrisa calma mis enojos.

LEO. Y un sueño solamente
te atemoriza así?

MAN. No, ya no tiemblo,
ya todo lo olvidé... mira, esta noche
partiremos al fin de este castillo...
no quiero estar aquí.

LEO. Temes acaso...

MAN. Tiemblo perderte: numerosa hueste
del rey usurpador viene á sitiarnos,
y este castillo es débil con estremo;
nada temo por mí, mas por tí temo.

ESCENA III.

Dichos y RUIZ. *Sale por el fondo.*

RUIZ. Señor?

MAN. Quién?

RUIZ. A Castellar
en este momento llegan
prisioneros, y me ruegan
que os venga en su nombre á hablar.

MAN. Prisioneros! y de dónde?...
RUIZ. Abandonó la fortuna
ayer, al conde de Luna.
MAN. Cómo! derrotado el conde!
Y no prisionero?
RUIZ. No.
MAN. Agradézcaio á su suerte!
LEO. (*En tono de reconvencion.*)
Manrique!
MAN. El quiere mi muerte...
y la suya quiero yo.
LEO. No! calla!
RUIZ. Pagar es ley.
MAN. Y á quién se debe la gloria?...
RUIZ. El rey ganó esta victoria.
MAN. Ese es digno de ser rey!
RUIZ. Al entrar en el castillo,
un prisionero que viene
con el rostro oculto, y tiene
las insignias de caudillo,
dijo que hablaros queria.
MAN. Quién puede ser!
RUIZ. (*Aparte los dos.*) (Sabeis quién?)
MAN. (Le conoces?)
RUIZ. (Don Guillen.)
MAN. (No te engañas?)
RUIZ. (No, á fé mia,
le he visto.)
MAN. Leonor, atiende!
LEO. Te dejo, sí.
MAN. Un desgraciado
que ahora gime aprisionado
y hablarme á solas pretende...
LEO. No me digas mas: te dejo,
Manrique: tus iras doma.
Oye á ese infeliz, y toma
de tu corazon consejo. (*Váse por la izquierda.*)
MAN. Ya le abona tu piedad
y mi cariño tambien.
Haz que venga don Guillen.
RUIZ. Cerca estaba.
(*Se dirige á la puerta del fondo: un momento despues sale conduciendo á don Guillen, y se retira.*)

ESCENA IV.

MANRIQUE. DON GUILLEN.

GUILL. Perdonad!
MAN. Vos aqui!
GUILL. Sí; que la suerte,
robándome una esperanza,
donde busqué mi venganza
me precipitó á la muerte.
MAN. Temeis no hallar en mi pecho
compasion...
GUILL. Nada me obliga.
Al odio que aqui se abriga
mi corazon viene estrecho.
Piedad de vos! compasion
del que manchó la pureza
de mi honor, de mi nobleza!
Eterna abominacion.
MAN. Si en vuestro pecho no grita
esta voz dulce y clemente:
si es tal vuestro enojo ardiente
que mi clemencia os irrita:
á que venis, don Guillen?
GUILL. Es que á buscar aqui vengo
mi muerte.
MAN. No!
GUILL. Es porque tengo
afan de hablaros tambien.
No os aterra mi presencia,
Manrique? no os dice nada,
ni el fuego de esa mirada
ni vuestra propia conciencia?
MAN. Aplaudo ese noble arrojo.
Hijo es del odio: que mucho?...
Mas ya lo veis: ya os escucho
sin prevencion, sin enojo.
GUILL. Prefiero vuestro rencor.
MAN. Y si salvaros quisiera?
GUILL. Deberos la vida? fuera

mi desventura mayor.
La muerte dadme, ú os juro
por el odio que arde aquí,
que no os valdrán contra mí
falanges ni fuerte muro.
No habrá medio ni camino
vedado para mi saña.

MAN. No! vuestro ardor os engaña!
Ya es este nuestro destino.
Don Guillen... con pena doble
en este instante me veis;
pero olvidar no podeis
que sois bueno, y que sois noble.
A qué ese mentido alarde
que en vos sospechar no puedo?

GUILL. Qué bien se revela el miedo
en el alma del cobarde?

MAN. (*Exaltándose y volviendo repentinamente á calmarse.*)
Yo miedo! cobarde yo!
Preguntádselo á la gloria
que ya en mas de una victoria
con sus palmas me cubrió.

GUILL. Tal vez la nécia fortuna
con su favor nos impele;
mas... tambien descubrir suele
liviandades de la cuna.

MAN. (*Irritado.*)
Silencio!

GUILL. (*Sonriéndose con aire de triunfo.*)
Toqué en la herida!

MAN. Basta ya! basta de mengua...
ú os haré arrancar la lengua,
ya que no quiera la vida.

ESCENA V.

Dichos y LEONOR.

LEO. Manrique!

MAN. Tú aquí!

GUILL. Villana!

MAN. Don Guillen! silencio os digo!
GUILL. No, no! llegó ya el castigo
de vuestra pasion liviana.
LEO. Mi hermano aqui!
GUILL. Sí, yo soy!
Te espantas! oh! temes bien!
Escúchame.
MAN. Don Guillen!...
LEO. Habla: resignada estoy.
MAN. (No sé que temor...)
LEO. Ya espero.
GUILL. Al dar tu cariño á ese hombre,
pensaste que era su nombre
el nombre de un caballero.
Pues bien, Leonor, te engañó.
Es hijo de una gitana...
MAN. (Cielos!)
GUILL. Y mi noble hermana
noble tambien le creyó.
LEO. (*Ocultando el rostro con las manos.*)
Ay! calla!
MAN. Implacable encono!
GUILL. Ahora, que estoy vengado,
herid.
MAN. Me habeis desgarrado
el corazon... y os perdono.
Salid.
GUILL. No, sin que me deba
vuestra piedad un aviso.
MAN. No os quiero oir!
GUILL. Es preciso;
que os interesa esa nueva.
Presa vuestra madre...
MAN. Oh Dios!
es cierto?
GUILL. De su hijo implora
vida y libertad.—Ahora,
haced lo que cumpla á vos.
MAN. Ruiz!

ESCENA VI.

Dichos y Ruiz.

Ruiz. Señor?
Man. Haz que al momento
para marchar se preparen
mis gentes.
Leo. Qué vas á hacer?
Man. (*A don Guillen.*)
Y vos, salid al instante!
En el campo nos veremos.
don Guillen!—Oyes? que nadie (*A Ruiz.*)
le ofenda: que libre salga,
y despues... que Dios le ampare!
Guill. Vida y libertad os debo,
Manrique; pero aun no valen,
ni la humillacion que hoy sufro,
ni el honor que me robasteis.
Man. Nada me debeis: la muerte
de uno ú otro...
Guill. A todo trance.
Leo. Oh, Dios mio! qué mayor
castigo, pudierais darme!
Guill. Adios, pues.
Leo. Guillen, espera!
Guill. Apartad.
Leo. No me rechaces.
Guill. Yo no tengo hermana.
Leo. Cielos!
Guill. Yo no os conozco: dejadme.
(*Vase seguido de Ruiz.*)

ESCENA VII.

MANRIQUE. LEONOR.

LEO. Era verdad!
MAN. Sí, Leonor,
sí! bien puedes despreciarme!
Ya era tiempo! esa gitana,
esa infeliz... es mi madre.
LEO. Tu madre!
MAN. Llora si quieres,
maldíceme porque infame
uní tu orgullosa cuna
con mi cuna miserable.
Pero déjame que vaya
á salvarla si no es tarde;
si ha muerto, la vengaré
de su asesino cobarde.
LEO. Esto me faltaba...!
MAN. Sí:
yo no he debido engañarte
tanto tiempo... vete, vete:
soy un hombre despreciable.
LEO. Nunca para mí.
MAN. Eres noble,
y yo, quién soy? ya lo sabes.
Vete á encerrar con tu orgullo
bajo el techo de tus padres.
LEO. Con mi orgullo! tú te gozas,
cruel, en atormentarme.
Ten piedad...
MAN. Pero soy libre
y fuerte para vengarme...
y me vengaré... lo dudas?
LEO. Si necesitas mi sangre,
aquí la tienes.
MAN. Leonor!
qué desgraciada en amarme
has sido! Por qué, infeliz
mis amores escuchaste?
Y no me aborreces?

LEO. No.
MAN. Sabes que presa mi madre
espera tal vez la muerte?
Venganza infame y cobarde!
qué espero yo?...
LEO. Ven... no vayas...
mira, el corazon me late
y fatídico me anuncia
tu muerte.
MAN. Llanto cobarde!
Por una madre morir,
Leonor, es muerte envidiable.
Quisieras tú que temblando
viera derramar su sangre,
ó si salvarla pudiera,
por salvarla no lidiase?
LEO. Pues bien, iré yo contigo;
allí correré á abrazarte
entre el horror y el estruendo
del fratricida combate.
Yo opondré mi pecho al hierro
que tu vida amenazare:
sí, y á falta de otro muro,
muro será mi cadáver.
MAN. Ahora te conozco, ahora
te quiero mas.
LEO. Si tú partes,
iré contigo; la muerte
á tu lado ha de encontrarme.
MAN. Venir tú... no: en el castillo
queda custodia bastante
para tí... escuchas? adios!
(*Suena un clarin.*)
El clarín llama al combate.
LEO. Un momento.
MAN. No es posible.
Adios! adios, pobre mártir
de mi amor fatal! que el cielo
de tus dolores se apiade,
y solo á mí de su cólera
el tremendo rayo alcance.
LEO. Qué dices?
MAN. Voy á morir!
bien auguraba tu amante
corazon! ya aqui no siento

aquel valor indomable...

LEO. Huyamos; mira...

MAN. El destino
me arrastra: vencido el ángel
está, que ayer me cubria
con sus alas celestiales.

LEO. Por piedad, no me abandones!
escúchame; espera!

MAN. Es tarde!

LEO. La voz del amor te llama.
(*Suena el clarin.*)

MAN. La de mi deber es antes.
(*Desprendiéndose de ella, váse por el fondo.*)

FIN DE LA JORNADA CUARTA.

JORNADA QUINTA.

PRIMERA PARTE.

Salon en el castillo de la Aljaferia. Puerta en el fondo y á la izquierda del actor. A la derecha una ventana.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, DON LOPE, RUIZ. (*Salen por la puerta del fondo.*)

LOPE. Podeis entrar, pero temo
que en este momento el conde...
LEO. Quiero verle.
LOPE. Le vereis,
si no hay causa que lo estorbe.
LEO. A todo trance: es preciso!
Está la vida de un hombre

en grave riesgo, y espero
que me ayudareis, Don Lope.

LOPE. Me conoceis? En tal caso...

LEO. Y quién, señor, no os conoce,
siendo, como sois, tan bueno,
y tan piadoso y tan noble?

LOPE. Tal vez el conde pudiera...
si dijeseis vuestro nombre...

LEO. A él solo.

LOPE. Como gusteis.

LEO. Estân aquí las prisiones?

LOPE. Aquí.—Desde esa ventana
se ve, señora, la torre,
donde entre cadenas gimen
los que á su rey son traidores.

LEO. Ah!—Gracias!
(*Dirigiéndose rápidamente á la ventana.*)

LOPE. Voy á serviros.
(Preciso es tener de bronce
el corazon para... Y temo
que su esperanza no logre.)
(*Váse por la izquierda.*)

ESCENA II.

LEONOR. RUIZ.

LEO. Ruiz, tragiste...

RUIZ. Aquí está ya,
señora: por un jarope
que no vale seis cornados...

LEO. El precio nada te importe.
Toma esta cadena, tú.

RUIZ. Judio al fin!

LEO. No te enojes.

RUIZ. Diez maravedís de plata
me llevó el Iscariote.

LEO. Vete, Ruiz.

RUIZ. Os quedais
sola aqui? no, que me ahorquen
primero...

LEO. Quiero estar sola.

RUIZ. Si os empeñais... buenas noches.

ESCENA III.

LEONOR.

Esa es la torre; allí está,
y maldiciendo su suerte
espera triste la muerte
que no está lejos quizá.
Esas murallas sombrías,
esas rejas y esas puertas
al féretro solo abiertas,
verán tus últimos dias!
Por qué tan ciega le amé?
Infeliz! por qué, Dios mio,
con amante desvarío
mi vida le consagré?
Mi amor te perdió, mi amor...
yo mi cariño maldigo,
pero moriré contigo
con veneno abrasador.
Si me quisiera escuchar
el conde...! si yo lograra
librarte así, qué importara...?
Sí, voy tu vida á salvar.
A salvarte... no te asombre
si hoy olvido mi desden.

VOZ. (*Dentro.*) Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

LEO. Ese lúgubre clamor...
ó tal vez lo escuché mal?
No, no... ya la hora fatal
ha llegado trovador!
Manrique! partamos ya,
no perdamos un instante.

VOZ. (*Dentro.*) Ay!

LEO. Esa voz penetrante...
Si no fuera tiempo ya!

(*Al querer partir se oye tocar un laud: un momento despues canta dentro Manrique.*)

Despacio viene la muerte,
que está sorda á mi clamor:
para quien morir desea,
despacio viene por Dios.
Ay! adios, Leonor,
Leonor.

LEO. Él es; y desea morir
cuando su vida es mi vida!
Si asi me viera afligida
por él al cielo pedir!

MAN. (*Dentro.*) No llores si á saber llegas
que me matan por traidor,
que el amarte es mi delito,
y en el amar no hay baldon.
Ay! adios, Leonor,
Leonor.

LEO. Que no llore yo, cruel!
No sabe cuánto le quiero.
Que no llore, cuando muero
en mi juventud por él!
Si á esa reja te asomaras
y á Leonor vieras aqui,
tuvieras piedad de mi
y de mi amor no dudaras.
Aqui te buscan mis ojos
á la luz de las estrellas,
y oigo á par de tus querellas
el rumor de los cerrojos.
Y oigo en tu labio mi nombre
con mil suspiros tambien.

VOZ. (*Dentro.*) Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

LEO. No! no morirás; yo haré
por salvarte! del tirano
feroz, la sangrienta mano
con mi llanto bañaré.
Temes? Leonor te responde
de su cariño y virtud.
Calma tu amante inquietud...
que nunca seré del conde.

ESCENA IV.

LEONOR. DON LOPE.

LOPE. Señora?
LEO. Decid!... consiente
en verme?
LOPE. Ni aun yo he podido
hablarle.
LEO. No habeis querido!
LOPE. Como! un hidalgo no miente.
Mas, lo juro por mi fé:
vereis á don Nuño.
LEO. Cuando?
LOPE. Está en su cámara hablando
con don Guillen de Sesé.
LEO. Don Guillen! dónde está, dónde?
LOPE. Le conoceis?
LEO. Sí. (Qué escucho!)
LOPE. Sois dichosa: él puede mucho
en el ánimo del conde.
Quereis hablarle?
LEO. No, no!
primero... (El cielo me valga!)
LOPE. Esperad hasta que salga.
LEO. (Quién mas desventuras vió?)
LOPE. Mirad: ahí vienen. Podeis
afuera, esperar en tanto,
y escudada con el manto...
LEO. Venid, venid! no tardeis.
(*Vánse por el fondo, despues salen por la izquierda don Nuño y don Guillen.*)

ESCENA V.

DON NUÑO. DON GUILLEN.

NUÑO. Visteis, don Guillen, al reo?
GUILL. Dispuesto á morir está.
NUÑO. Llegue ese momento ya:
cúmplase al fin mi deseo.

GUILL. Si mereciera piedad,
tal vez...
NUÑO. Qué vais á decir?
—Para ayudarle á morir,
á un religioso avisad,
y despachaos con presteza.
GUILL. El hijo de una gitana!
NUÑO. Cierto; diligencia es vana.
GUILL. Mas no dais cuenta á su alteza?
NUÑO. Para qué? Ocupado está
en la guerra de Valencia.
GUILL. Si no aprueba la sentencia...
NUÑO. Yo sé que la aprobará.
Para aterrar la traicion
puso en mi mano la ley:
mientras aqui no esté el rey
yo soy el rey de Aragon.
Mas... vuestra hermana?
GUILL. Yo mismo
nada de su suerte sé;
pero encontrarla sabré
aunque la oculte el abismo.
Entonces su torpe amor
lavará con sangre impura.
Solo asi el honor se cura,
y es muy sagrado el honor.
NUÑO. No: tanto rigor no es bien
emplear.
GUILL. Mi ilustre cuna...
NUÑO. Si algo apreciais al de Luna,
no la ofendais, don Guillen?
GUILL. Teneis algo que mandar?
NUÑO. Dejadme solo un instante.

ESCENA IV.

DON NUÑO, *despues* DON LOPE,

NUÑO. Leonor, al fin en tu amante
tu desden voy á vengár.
Al fin en su sangre impura
á saciar voy mi rencor:
tambien yo puedo, Leonor,

gozarme en tu desventura.
Fatal tu hermosura ha sido
para mí, pero fatal
tambien será á mi rival,
á ese rival tan querido.
Tú lo quisiste; por él
mi ternura despreciaste...
Por qué, Leonor, no me amaste?
yo no fuera tan cruel.
Angel hermoso de amor,
yo como á un Dios te adoraba,
y tus caricias gozaba
un oscuro trovador.
Harto la suerte envidié
de un rival afortunado:
harto tiempo despreciado
su ventura contemplé.
Ah! perdonarle quisiera...
no soy tan perverso yo.
Pero es mi rival... no, no...
es necesario que muera.

LOPE. Vuestras órdenes, señor,
se han cumplido; el reo espera
su sentencia.

NUÑO. Y bien! que muera,
pues á su rey fué traidor.
A qué aguardais?

LOPE. Si asi os plugo...

NUÑO. No fue perjuro á la ley
y rebelde con su rey?
Pues bien, qué espera el verdugo?
Esta noche ha de morir.

LOPE. Esta noche? pobre mozo!

NUÑO. Junto al mismo calabozo.

LOPE. (*Hace que se va y vuelve.*)
Voy al instante.—Es decir...

NUÑO. La bruja?...

LOPE. Con él está
en su misma prision.

NUÑO. Bien.

LOPE. Pero ha de morir?

NUÑO. Tambien.

LOPE. De qué muerte morirá?

NUÑO. Como su madre, en la hoguera.

LOPE. Por último confesó

que á vuestro hermano mató!
Maldiga Dios la hechicera.

NUÑO. Molesto, don Lope, estais...
idos ya.

LOPE. Si os incomodo...

NUÑO. Quiero estar solo.

LOPE. Con todo...
(Mal templado está!)

NUÑO. No os vais?

LOPE. (*Hace que se va, y vuelve.*)
Perdonad; se me olvidaba
con la maldita hechicera.

NUÑO. Don Lope!

LOPE. Señor, ahí fuera
una dama os aguardaba.

NUÑO. Y qué objeto aqui la trae?
dice quién es?

LOPE. Encubierta
llegó, señor, á la puerta
que al campo de Toro cae.

NUÑO. Que entre, pues: vos, despejad.

LOPE. El conde, señora, espera.

NUÑO. Vos os podeis quedar fuera,
y hasta que os llame aguardad.

ESCENA VII.

DON NUÑO. LEONOR.

LEO. Me conoceis? (*Descubriéndose.*)

NUÑO. Desgraciada!
Qué buscais, Leonor, aqui?

LEO. Me conoceis, conde?

NUÑO. Sí:
por mi mal, desventurada,
por mi mal te conocí.
A qué vinisteis, Leonor?

LEO. Conde, dudarlo quereis?

NUÑO. Todavía el trovador!...

LEO. Sé que todo lo podeis,
y que peligra mi amor.
Duélaos, don Nuño, mi mal.
NUÑO. A eso vinistes, ingrata,
á implorar por un rival?
por un rival! insensata!
mal conoces al de Artal.
No, cuando en mis manos veo
la venganza apetecida,
cuando su sangre deseo...
imposible...
LEO. No lo creo.
NUÑO. Sí, creedlo por mi vida.
Largo tiempo tambien yo
aborrecido imploré
á quien mis ruegos no oyó,
y de mi afan se burló;
no penseis que lo olvidé.
LEO. Ah! conde, conde, piedad. (*Arrodillándose.*)
NUÑO. Vos, la tuvisteis de mí?
LEO. Por todo un Dios.
NUÑO. Apartad.
LEO. No, no me muevo de aqui.
NUÑO. Pronto, Leonor, acabad.
LEO. Bien sabeis cuanto le amé;
mi pasion no se os esconde...
NUÑO. Leonor!
LEO. Qué he dicho? no sé,
no sé lo que he dicho, conde:
quereis?... le aborreceré.
Aborrecerle! Dios mio!
y aun amaros á vos, sí,
amaros con desvario
os prometo... amor impio,
digno de vos y de mi!
NUÑO. Es tarde, es tarde, Leonor.
Y yo perdonar pudiera
á tu infame seductor,
al hijo de una hechicera?
LEO. No os apiada mi dolor?
NUÑO. Apiadarme! mas y mas
me irrita, Leonor, tu lloro,
que por él vertiendo estás:
no lo negaré, aun te adoro,
mas perdonarle? jamás.

Esta noche, en el momento...
nada de piedad.

LEO. (*Con ternura.*) Cruel!
Cuando en amarte consiento!

NUÑO. Qué me importa tu tormento,
si es por él, solo por él?

LEO. Por él, don Nuño, es verdad;
por él con loca impiedad
el altar he profanado.
Y yo, insensata, le he amado
con tan ciega liviandad!

NUÑO. Un hombre oscuro....

LEO. Sí, sí...
nunca mereció mi amor.

NUÑO. Un soldado, un trovador...

LEO. Yo nunca os aborrecí.

NUÑO. Qué quieres de mí, Leonor?
Por qué mi pasion enciendes,
que ya entibiándose va?
Di que engañarme prtendes,
dime que de un Dios dependes,
y amarme no puedes ya.

LEO. Qué importa, conde? no fuí
mil y mil veces perjura?
Qué importa, si ya vendí
de un amante la ternura,
que á Dios olvide por tí?

NUÑO. Me lo juras?

LEO. Partiremos
lejos, lejos de Aragon,
y felices viviremos,
y siempre nos amaremos
con acendrada pasion.

NUÑO. Leonor... delicia inmortal!

LEO. Y tú en premio á mi ternura...

NUÑO. Cuanto quieras.

LEO. Oh ventura!

NUÑO. Corre, dile que el de Artal
su libertad le asegura;
pero que huya de Aragon:
que no vuelva, lo has oido?

LEO. Sí, sí...

NUÑO. Dile que atrevido
no persista en su traicion;
que tu amor ponga en olvido.

LEO. Sí... lo diré... (Dios eterno!
tu nombre bendeciré.)
NUÑO. Mirad, que os observaré.
LEO. (Ya no me aterra el infierno,
pues que su vida salvé.)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

Calabozo oscuro con una ventana con reja, á la izquierda, y una puerta en el lado opuesto. Otra puerta grande al fondo. Al levantarse el telon, Azucena estará recostada en un escaño, y Manrique sentado en el lado opuesto.

ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE. AZUCENA.

MAN. No dormis? (*Acercándose á Azucena.*)
AZUCE. No, hijo mio!
Quisiera; mas no puedo: de mis ojos
huye el sueño.
MAN. Temblais!
AZUCE. Qué?
MAN. Teneis frio?
AZUCE. No; pero dí: quién causa tus enojos?
Suspirabas! por qué? Si son tus penas
con ser tuyas no mas, las penas mias;
por qué en silencio tu dolor refrenas?

y esa angustia mortal no me confias?
No soy tu madre yo?

MAN. De este profundo
pesar, ya nada á libertarme alcanza.

AZUCE. Espera!

MAN. Inútil es; no hay en el mundo
ya para mi consuelo ni esperanza.

AZUCE. Te comprendo! es verdad, ya no es posible
huir de aqui: mas si á matarme vienen,
tú me defenderás.

MAN. (Tormento horrible!)

AZUCE. Es tu deber, Manrique: eres mi hijo!
tú consentir no puedes...
Mas, ay! que en vano y sin razon te aflijo!
Nunca hará tu valor, ya aprisionado
entre fuertes paredes,
que llegue el sol hasta mi cuerpo helado,
y vendrán, no lo dudes:
me quitarán sin compasion la vida!

MAN. Mataros! y por qué?

AZUCE. Ya esta es mi suerte.

MAN. Por vengarse de mí! madre querida!
y yo la causa soy de vuestra muerte!

AZUCE. Calla! ven... ruido siento!...

MAN. No!.. nadie.

AZUCE. Tiemblo toda! ..Oh! si me amas,
mátame! líbrame de ese tormento
horrible de las llamas!

MAN. Mas, no tendrán valor...

AZUCE. No lo tuvieron
cuando á mi pobre madre condenaron,
y arrastrando al cadalso la trageron,
y sin piedad la vida le quitaron?
Debe de ser horrible ese suplicio!
Oh! la hoguera! la hoguera! á cada instante
viéndola estoy allí, siempre delante,
y me miro llevar, y en vano ruego,
y víctima arrastrada al sacrificio,
siento en mis carnes penetrar el fuego!
(*Pausa.*)
Siempre en mi corazon está presente
ese recuerdo del infausto dia
en que sufrió la muerte, la inocente,
la tierna madre mia.
El trage desgarrado,

ocultas las facciones
bajo el largo cabello enmarañado,
al lugar del suplicio caminaba
entre la turba vil de los sayones.
Yo, postrada en el suelo,
mi rostro desgarraba
sangre y venganza demandando al cielo.—
Escuché que mi madre me llamaba
y á abrazarla corrí; pero la fiera
impiedad, me atajó, de sus verdugos,
y fué arrojada en la fatal hoguera.
Aquel grito feroz, desesperado,
que la arrancó el dolor ¡ay! todavia
aqui, en mi corazon está encerrado.
Cuánta su horrible intensidad seria!

MAN. Callad, por Dios! me atormentais!

AZUCE. Escucha!
Entonces, los verdugos implacables,
al ver su presa con la muerte en lucha,
su triunfo celebraban
y con risa feroz la contemplaban.
Sabes por qué? flotaban sus cabellos;
las llamas, devorándola, subian
hasta cebarse en ellos...
y de esto los verdugos se reian!

MAN. No podeis olvidar esas memorias?
descansad un momento.

AZUCE. No, imposible!
si descansar pudiera...
mas si en tanto me llevan á ese horrible
espantoso suplicio de la hoguera!

MAN. No, madre! no vendrán.

AZUCE. Sí? me lo ofreces?

MAN. Sí, podeis reposar.

AZUCE. Me abate el sueño:
siento el cansancio que me postra á veces;
mas de esa imágen el airado ceño...
—Y por qué? sí, que vengan!

MAN. (Qué martirio!)

AZUCE. Vendrán, y quebrantando esos cerrojos,
la luz del sol contemplarán tus ojos.
Cómo pude olvidarlo en mi delirio?
Este dia feliz, será el postrero...
—Pero se sabe aqui cuando es de dia?
No importa! á cualquier hora: sí, yo quiero

respirar.—Ay, me ahogo;

MAN. Madre mia!

AZUCE. Saldremos, sí; no tiembles: en mi mano
están tu vida y libertad: las puertas
de esta cárcel tristísima, al liviano
impulso de mi voz, serán abiertas.

MAN. (Delira!)

AZUCE. Por qué labra
tu abatimiento en mí? por qué no el gozo,
si una sola palabra
puede abrir nuestro oscuro calabozo?

MAN. Bien, bien: pero dormid.

AZUCE. Si el conde llega,
tú me despertarás: ten esperanza.
(Ay! pobre madre, que su amor me ciega!
Perdona si renuncio á tu venganza.)
(*Recostándose.*)

MAN. Duerme, duerme, madre mia,
mientras yo te guardo el sueño,
y un hado mas halagüeño
durmiendo, allá te sonría!
Al menos, ay! mientras dura
tu sueño, no acongojado
veré tu rostro bañado
con lágrimas de amargura.

ESCENA II.

MANRIQUE, LEONOR, AZUCENA.

LEO. Manrique!

MAN. No es ilusion!
eres tú?

LEO. Yo, sí... yo soy:
á tu lado al fin estoy
para calmar tu afliccion.

MAN. Sí, tú sola mi delirio
puedes, hermosa, calmar;
ven, Leonor, á consolar
amorosa mi martirio.

LEO. No pierdas tiempo, por Dios.

MAN. Siéntate á mi lado, ven.
Debes tu morir tambien?
muramos juntos los dos.

LEO. No, que en libertad estás.
MAN. En libertad?
LEO. Sí, ya el conde...
MAN. Don Nuño, Leonor? responde,
responde... cielo! esto mas?
Tú á implorar por mi perdon
del tirano á los pies fuiste!...
Quizá tambien le vendiste
mi amor y tu corazon.
No quiero la libertad
á tanta costa comprada.
LEO. Tu vida...
MAN. Qué importa? nada...
quítamela, por piedad;
clava en mi pecho un puñal
antes que verte perjura,
llena de amor y ternura
en los brazos de un rival.
La vida! es algo la vida?
un doble martirio, un yugo...
llama, que venga el verdugo
con el hacha enrojecida.
LEO. Qué debí hacer? si supieras
lo que he sufrido por tí
no me insultaras asi,
y á mas me compadecieras.
Pero huye, vete, por Dios,
y bástete ya saber
que suya no puedo ser.
MAN. Pues bien, partamos los dos:
mi madre tambien vendrá.
LEO. Tú solamente.
MAN. No, no.
LEO. Pronto, vete.
MAN. Solo yo!
LEO. Que nos observan quizá.
MAN. Qué importa? aqui moriré,
moriremos, madre mia!
tú sola no fuiste impía
de un hijo tierno á la fé.
LEO. Manrique!
MAN. Ya no hay virtud.
LEO. Qué te dice mi inquietud?
MAN. Tardé conocí mi error.
LEO. Si vieras cuál se estremece

mi corazon! Por que, dí,
obstinarte? hazlo por mí,
por lo que tu amor padece.
Sí, este momento quizá...
no ves cuál tiemblo? quisiera
ocultarlo si pudiera;
pero no, no es tiempo ya.
Bien sé que voy tu afliccion
á aumentar; pero ya es hora
de que sepas cuál te adora
la que acusas sin razon.
Aborréceme, es mi suerte;
maldíceme si te agrada,
mas toca mi frente helada
con el hielo de la muerte.
Tócala, y si hay en tu seno
un resto de compasion,
alivia mi corazon,
que abrasa un voraz veneno.

MAN. Un veneno... y es verdad?
y yo ingrato la ofendí
cuando muriendo por mí...
un veneno...

LEO. Por piedad,
ven aquí por compasion
á consolar mi agonía:
no sabes que te queria
con todo mi corazon?

MAN. Me matas.

LEO. Manrique, aquí,
aqui me siento abrasar.
Ay! ay! quisiera llorar,
y no hay lágrimas en mí.
Ay juventud malograda
por tiranos perseguida!
perder tan pronto una vida
para amarte consagrada!
(*Se ve brillar un momento el resplandor de una luz en la ventana.*)
Mira, Manrique, esa luz...
vienen á buscarte ya:
no te apartes, ven acá,
por el que murió en la cruz!

MAN. Que vengan... ya entregaré
mi cuello sin resistir:

lo quiero, anhelo morir...
muy pronto te seguiré.

LEO Ay! acércate...

MAN. Amor mio!...

LEO. Me muero, me muero ya
sin remedio; dónde está
tu mano?

MAN. Qué horrible frio!

LEO. Para siempre... ya...

MAN. Leonor!

LEO. Adios!... adi... os!..
(*Espira: un momento de pausa*)

MAN. La he perdido!
Ese lúgubre gemido!...
es el último de amor.
Silencio, silencio; ya
viene el verdugo por mí...
allí está el cadalso, allí,
y Leonor aquí está.
Corta es la distancia, vamos,
que ya el suplicio me espera.
(*Tropieza con Azucena.*)
Quién estaba aquí? quién era?

AZUCE. (*Entre sueños.*)
Es hora de que partamos?

MAN. A morir? dispuesto estoy...
Mas no, esperad un instante:
á contemplar su semblante,
á adorarla otra vez voy.
Aqui está... dadme el laud;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa
os cantaré su virtud.
Una corona de flores
dadme tambien: en su frente
será aureola luciente,
será diadema de amores.
Dadme, vereisla brillar
en su frente hermosa y pura;
mas llorad su desventura
como á mí me veis llorar.
Qué funesto resplandor!
Tan pronto vienen por mí?
el verdugo es aquel... sí;
tiene el rostro de traidor.

ESCENA III.

Los de la escena anterior. Don Nuño, Don Lope *y soldados con luces.*

Nuño. Leonor?
Man. Quién la llama? por qué vienen
á apartarla de mí? la desdichada
ya á nadie puede amar. Si yo pudiera
ocultarla á sus ojos!
(*La cubre con su ferreruelo que tendrá al lado.*)
Nuño. Leonor?
Man. Calla...
no turbes el silencio de la muerte.
Nuño. Dónde está Leonor?
Man. Dónde? aqui estaba
Venis á arrebatármela en la tumba?
Nuño. Ha muerto?
Man. Sí... ya ha muerto.
(*Descubriendo el rostro pálido de Leonor.*)
Nuño. Me engañaba!
Man. Ya no palpita el corazon: sus ojos
ha cerrado la muerte despiadada.
Apartad esas luces; mi amargura
piadosos respetad... no me acordaba...
(*A Don Nuño.*)
Sí, tú eres el verdugo! acaso buscas
una víctima... ven... ya preparada
para la muerte está.
Nuño. Llevadle al punto,
llevadle, digo, y su cabeza caiga.
(*Varios soldados rodean á Manrique.*)
Man. Muy pronto, sí...
Nuño. Marchad...
Man. Qué miro! Vamos...
(*Reparando en Azucena.*)
No le digais, por Dios, á la cuitada
que va su hijo á morir... madre infelice!
Hasta la tumba... A Dios... (*Al salir.*)

ESCENA IV.

Los mismos menos MANRIQUE.

AZUCE. (*Incorporándose.*) Quién me llamaba?
Él era, él era; ingrato! se ha marchado
sin llevarme tambien.
NUÑO. Desventurada!
Conoce al fin tu suerte.
AZUCE. El hijo mio!
NUÑO. Ven á verle morir.
AZUCE. Qué dices? Calla!
Morir! morir...! no, madre, yo no puedo;
perdóname, le quiero con el alma.
Esperad, esperad...
NUÑO. Llevadla.
AZUCE. Conde!
NUÑO. Que le mire espirar.
AZUCE. Una palabra,
un secreto terrible; haz que suspendan
el suplicio un momento.
NUÑO. No, llevadla.
(*La toma por una mano y la arrastra hácia la ventana.*)
Ven, muger infernal... goza en tu triunfo.
Mira el verdugo, y en su mano el hacha
que va pronto á caer...
(*Se oye un golpe que figura ser el de la cuchilla.*)
AZUCE. Ay! esa sangre!
NUÑO. Alumbrad á la víctima, alumbradla.
AZUCE. Sí, si... luces... él es... tu hermano, imbécil!
NUÑO. Mi hermano, maldicion...!
La arroja al suelo empujándola con furor.)
AZUCE. (*Con amargura.*) Ya estás vengada.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 1.° *de de Febrero* 1851.

Aprobada y devuélvase.

Rafael Perez Vento.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abonn. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las enmedias del teatrn antiguo, devengarán un tantn por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada redresentacion, incluso el abono. El maximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el minimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de* 7 *de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y raznn, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en casn necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueñn para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impnne el art. 23 de la ley de propiedad literaria» *Idem art.* 81.

«Las empresas no pndrán cambiar ó alterar en los annncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previn consentimiento del autor.

2.ª Este derechn de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominin público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatrn que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.

Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta Córte, y con especialidad en el Teatro Español.*

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido*
Cristobal Coton.
Uo hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultioas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufoo del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juaoa la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Jurameoto.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

La escuela del matrimonio.
La condesa de Egmont.
Mercadet.
Una aveotura de Richelieu.
Deudas de bonor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla,
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Luoar de la Marquesa.
La Pensioo de Venturita.
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un eoemigo oculto.
Trampas inoceotes.
La Ceoiza en la freote.
Un Matrioooio á la moda.
La Voluotad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quieo Dios no le dá hijos...
La oueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defeosa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Uo Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se veoga quien bien ama.
La Estudiantioa
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el muodo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los preteodientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Coogreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Uo casamiento por bambre.
Antes que todo el bonor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Alza y baja.
Cero y vao dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simoo Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Uoa ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente:
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo:
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Uo bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turroo de noche-buena.
La Casa desbabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A GRANDE ORQUESTA.

Por seguir á uoa mujer.
El Campamento.
Tribulacioones!!!
El Sacristan de San Lorenzo.
El Duende.
El Dueode, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y Soldados.
Tramoya.
Gloria y Peluca.
Palo de ciego.
Misterios de bastidores.
La veoganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del Canal.
El Alma en peoa.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende.

OBRAS.

Avecilla. Diccionario de la Legislacion Mercantil de España.
Avecilla. Legislacion Militar de España.
Corzo. Código penal reformado. Ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid: en las librerías de Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo, y Rios, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra. . . .	D. Francisco Barranco Medina.
Albacete. . .	Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Felix Moreno.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Manuel Contilló.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almaden. . .	Felix Quiroga.
Almería. . .	Sres. Vergara y compañía.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin Maria Casaus.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Avila.	Julian Corrales.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Sres. Fdez. y Larramendi.
Baeza. . . .	Manuel Alambra.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Bejar	Vicente Alvarez.
Benavente. .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Sres. Delmas é Hijo.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud. . .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José María Moreno.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.
Córdoba . . .	Juan Mauté.
Coruña. . . .	Juan José Sischká.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Narcisa Grasses.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Guardamar. .	Sres. García y Muñoz.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Huelva. . . .	Franc. de Galvez Palacios.
Huesca. . . .	Bartolome Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen.	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Logroño. . .	D. Ciriaco Verdejo.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo.	Manuel Pujol y Masia.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Felipe La-Corte.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez
Motril. . . .	José Joaquin Batlle.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	Manuel Gomez Novoa.
Oviedo. . . .	Rafael C. Fernandez.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio García.
Plasencia. . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	José María Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo. . .	Marcos Fernandez Lopez.
Ronda. . . .	Moreti y Gutierrez.
Salamanca. .	Telesforo Oliva.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José María Espez.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Clemente María Riesgo.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio María Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Circulo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.

RERIA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA
ÍTICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
s Estados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)
POR
ON JERÓNIMO BECKER

obra, que acaba de ponerse á la venta, e en amplio y fiel extracto los principales s; examina con imparcialidad la historia s, señala sus defectos y expone con minu- detalles lo referente á las relaciones exte- de España, siendo, por tanto, de gran inte- a conocer de un modo exacto el aspecto ático de la cuestión cubana.
omo en 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN
DE LAS
S DE LOS REINOS DE LAS INDIAS
mandadas imprimir y publicar
POR
MAJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

ta edición, corregida y aprobada por la Indias del Tribunal Supremo de Justicia, aprobación de la Regencia provisional del

ro tomos en folio, 50 pesetas.

BLIÓFILOS ESPAÑOLES

cción completa de todos los tomos publi- por esta sociedad, de que se hallan la ma- rte agotados.
publicados 38 tomos en 4.°—Precio, 900

bién hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA
GUÍA DESCRIPTIVA
DEL REAL
MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO
DE
SAN LORENZO DE EL ESCORIAL
ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por
Juan Noguera Camoccia
Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIMA
ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por
D. Juan Landa.
Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN
Tratado completo de Cocina
AL ALCANCE DE TODOS
Y
APROVECHAMIENTO DE SOBRAS
con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por
Angel Muro.
Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.
Un tomo en 4.° de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.